

LA FORMACIÓN PARA EL AMOR

TRES DIÁLOGOS ENTRE JÓVENES

ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

PRESENTACIÓN

ESTE LIBRO quiere mostrar de forma muy accesible a los jóvenes el notable papel que está llamado a jugar el amor personal en el desarrollo de la personalidad humana. El ser humano vive como persona, se desarrolla y llega a plena madurez en la medida en que crea relaciones de encuentro. Nada más importante que saber con precisión qué es el encuentro, cómo se realiza, qué actitudes lo fomentan y cuáles lo hacen inviable. Es la cuestión tratada en la primera parte.

Seguidamente, en la segunda parte, se ofrecen unos materiales que pueden servir de apoyo al libro *El amor humano. Su sentido y su alcance*, que está siendo utilizado en muy distintos centros de diversos países (España, Norteamérica, Portugal, Brasil, Chile, Argentina, México, Inglaterra, Rusia...) como libro base para adquirir una sólida formación ética en relación sobre todo a la vida amorosa.

Para un mejor aprovechamiento de las páginas de este libro, proponemos a los lectores la siguiente forma de utilizar estos escritos:

1. Se plantean las *Cuestiones*, para hacerse cargo de un aspecto importante de la formación para el amor.
2. Los miembros del grupo leen el *Coloquio* en privado o en público (repartiéndose los papeles como en una lectura de una obra teatral), a fin de aclarar una serie de ideas relacionadas con las cuestiones planteadas anteriormente. Obsérvese que Belén y Alberto juegan el papel de jóvenes ya formados en estos temas. Mónica, Pablo y Ana representan a jóvenes que desean tener ideas claras sobre el amor, pero tienen todavía dificultad en desprenderse de ciertas opiniones superficiales que flotan en el ambiente actual. El *Coloquio* constituye una búsqueda en común de la verdad. Nadie quiere imponer sus puntos de vista por orgullo personal o por afán de mantener actitudes cómodas ante la vida.
3. Se comentan y responden las *Cuestiones* planteadas en el primer apartado y explanadas en el segundo. Al reconsiderar los temas básicos, con el fin de tomar posición frente a ellos, se repiten algunas ideas. Ello no significa insistir sobre lo mismo, sino estudiar cada cuestión desde la perspectiva adecuada.

4. Se toma nota de las preguntas del *Cuestionario*, se pone en juego todo lo aprendido anteriormente y, a su luz, responde cada uno, por propia cuenta, a las incertidumbres que suscita la vida amorosa.

El monitor o el educador no impone nunca su parecer; invita a los miembros del grupo a abordar de por sí diversas cuestiones básicas de la vida y tener en cuenta todos sus aspectos. Esta manera comprensiva, no unilateral, de ver la vida le permitirá descubrir el verdadero *sentido* de las actitudes que adopte y las acciones que realice.

ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

Madrid, 30 de noviembre de 1995

PRIMERA PARTE

El amor verdadero y el desarrollo pleno del hombre

HAY PERSONAS que en ciertos momentos se sienten vacías, carentes de sentido, desesperadas. Posiblemente se hallaban en ese estado los estudiantes universitarios de la bellísima Heidelberg cuando escribieron el siguiente poema:

"Gritamos hasta que el mundo
se precipite sobre nosotros,
hasta que sepa por qué tenemos que gritar...
Somos la generación sin moral
porque no podemos creer en nada.
Somos la generación sin sentido.
Un puro ser perdido en el vacío.
Una carcajada de angustia ante lo inefable"¹.

¿Por qué puede el hombre llegar a sentirse vacío y angustiado hasta la desesperación? El animal no tiene este peligro; podríamos decir que está siempre en paz con su modo de ser. Por ley natural tiene que crecer, lo mismo que las plantas, y lo hace espontáneamente, siguiendo el impulso y la orientación que le marca su especie. No necesita sino dejarse llevar de sus instintos, porque se regulan a sí mismos. El animal no se ve nunca instado a plantear la cuestión: «¿Qué va a ser de mí?». Lo que va a ser lo tiene decidido su especie antes de nacer él. De ahí su tranquilidad ante el porvenir y su indiferencia ante el pasado. El animal no está obligado ni a renegar de su pasado ni a preocuparse por configurar su futuro.

También el hombre, por ley natural, debe crecer, desarrollarse, llevar su modo de ser a madurez. Pero, a diferencia del animal, *sabe* que tiene que hacerlo, y necesita *determinar* cómo ha de llevarlo a cabo de modo que se oriente hacia la plenitud y no hacia la destrucción. Esta lucidez supone un privilegio y, a la par, una fuente de riesgos. De ahí el carácter dramático de la pregunta «¿qué va a ser de mí?», que marca -según advierte X. Zubiri- el comienzo de la vida ética².

El mero hecho de que pueda plantearse esta azarosa cuestión muestra que el ser humano tiene desde muy pronto una idea germinal de que su *modo de ser* futuro no está ya fijado de antemano; debe él configurarlo en relación al entorno. Pero, ¿cómo ha de hacerlo? No tiene una

¹ Cf. F. J. von Rintelen, *Philosophische Selbstbetrachtungen* III, (Peter Lang, Berna 1977) 202.

² La fundamentación zubiriana de la vida ética se halla en X. Zubiri, *Sobre el hombre*, (Alianza, Madrid 1986) 343-440.

idea clara sobre ello. Los mayores se la van respunteando a niños y jóvenes al sugerirles cómo han de comportarse y al descubrirles lo que está bien y lo que está mal. Este primer respunte va tomando forma a medida que logramos captar día a día la grandeza de los valores que implica ese modo de actuar y de ser. Uno presiente que está llamado a adquirir una talla de ser humano muy elevada, y, cuando observa que no alcanza esa cota, siente *decepción*. Si estima que se halla en el polo opuesto de la figura humana considerada como ideal, se ve *vacío*, despojado de cuanto juzga esencial en la vida.

Reparemos en que los jóvenes autores del poema antedicho se veían vacíos, faltos de moral y de sentido. Este juicio tan negativo estaba inspirado sin duda por la conciencia de hallarse abismalmente alejados del ideal de su vida.

1. El verdadero ideal del hombre es el encuentro

El ser humano debe crecer y desarrollarse con el impulso que le otorga el ideal que persigue como meta de su vida. El *ideal* no se reduce a una *mera idea*. Es una *idea motriz*, una idea que encarna un valor tan alto que condensa en sí los demás valores. ¿Cuál es ese valor singular que, una vez asumido y realizado en nuestra vida, confiere a ésta pleno desarrollo y, por tanto, plenitud de sentido? He aquí la cuestión decisiva. Nuestra suerte, como personas y como grupos, depende de que reflexionemos a fondo sobre ello, descubramos nuestro verdadero ideal y optemos en su favor.

Una vida sin ideal es un barco a la deriva, arrastrado por las tendencias instintivas. Si deseamos crecer como es debido y no correr el riesgo de malograrnos como personas, debemos atenernos a las exigencias de nuestro ser, no a nuestros caprichos y apetencias. Nuestro modo mismo de ser lleva consigo ciertas exigencias. Si las cumplimos, desarrollaremos al máximo todas las posibilidades que llevamos dentro. ¿Cuál es la exigencia básica de nuestra realidad personal? Hoy día, la investigación más cualificada en distintas ramas del saber confluye hacia la convicción de que el ser humano necesita crear toda clase de *encuentros* si ha de vivir como persona y llegar a la madurez.

La biología actual nos enseña que el hombre nace muy menesteroso. Sus sistemas inmunológicos, enzimáticos y neurológicos se hallan a medio gestar, muy inmaduros. Ese anticipo de un año responde a una razón de largo alcance, a saber: que el bebé acabe de troquelar su ser fisiológico y psicológico en relación al entorno. El entorno del recién nacido es, en primer lugar, la madre, luego el padre y los hermanos. Entre el bebé desvalido y su entorno debe tejerse una «urdimbre afectiva»³ un *ámbito de acogimiento*. Por eso recomiendan

³ Cf. J. Rof Carballo, *El hombre como encuentro*, Alfaguara, Madrid 1973.

vivamente los biólogos a las madres que, de ser posible, amamanten a sus hijos y los cuiden, porque al hacerlo con amor los están *acogiendo*.

A través de numerosos estudios y experimentos, a veces bien dolorosos, la ciencia llegó a la conclusión de que el hombre es «un ser de encuentro». El que no se encuentra con nada ni con nadie no vive como persona. El encuentro es el ámbito natural de configuración de la persona. Es su «elemento vital». El hogar y, posteriormente, el centro escolar sólo tienen carácter verdaderamente *formativo* si son *lugares de encuentro*. Con razón afirmó Martin Buber -bien inspirado en la Religión de la promesa y el diálogo- que «la vida del hombre o es encuentro o no es nada»⁴.

2. Qué es, en rigor, el encuentro

Si la vida del hombre pende del encuentro, nada más importante que conocer de cerca, en pormenor, qué significa encontrarse. Si digo que «iba por la calle y encontré al vecino de arriba», tal vez quiero indicar solamente que nos vimos, nos saludamos e intercambiamos unas palabras. ¿Supone esto un *encuentro*, visto con rigor? De ningún modo. Encontrarse no se reduce a acercarse; implica la creación de un vínculo enriquecedor. El encuentro es el entreveramiento de dos o más realidades que tienen ciertas posibilidades y son capaces de ofrecerlas a los demás y asumir las que les son ofrecidas. Tú tienes, por ejemplo, la posibilidad de pensar, expresarte, razonar, comprender situaciones. Y yo también. En un momento determinado te pido que me ayudes a aclarar un asunto. Tú me ofreces tu capacidad de ahondar en él. Yo colaboro contigo. De esta forma nos enriquecemos mutuamente. Tú influyes sobre mí, yo influyo sobre ti, y entre ambos vamos ordenando las ideas, perfeccionándolas, clarificando la cuestión propuesta. Al hacerlo, entreveramos nuestros seres respectivos. Nos *encontramos*, aunque sea de forma pasajera.

Este encuentro es una «experiencia reversible», de doble dirección. Yo te invito a pensar conmigo. Tú respondes a mi invitación. Tú aportas ideas que me influyen y tal vez me instan a cambiar de parecer. Yo realizo este cambio, y te sugiero que modifiques algún punto de vista tuyo. Este intercambio de opiniones y sugerencias implica una forma muy intensa y fecunda de unión. No estamos solamente cerca; entramos el uno en el ámbito de vida del otro, nos intercambiamos ideas, pareceres, sentires, deseos. *Participamos* cada uno en la vida íntima del otro.

⁴ Véase, sobre todo, M. Buber, *Yo y tú*, Caparrós, Madrid 1993 (versión alemana: *Ich und Du*, en *Die Schriften über das dialogische Prinzip*, (L. Schneider, Heidelberg 1954) 5-121. La importancia del «encuentro» en la vida humana fue subrayada con especial energía por los pensadores dialógicos: F. Rosenzweig, E. Brunner, M. Buber, G. Marcel, F. Ebner... Sobre el pensamiento de este último, que inspiró buena parte de la mejor Antropología filosófica contemporánea, puede verse A. López Quintás, *El poder del diálogo y del encuentro: Ebner, Haecker, Wust, Przywara*, BAC, Madrid ²1997.

Al participar, influimos el uno sobre el otro, y este influjo supone que yo actúo sobre ti y tú sobre mí. Pero esta acción se dirige a nuestra voluntad y a nuestra inteligencia. Es una *apelación*, una invitación, no una coacción. Está inspirada por el respeto a tu modo de ser, que es *humano* y, por tanto, libre. Figúrate qué tipo tan distinto de acción es arrastrarte. Al hacerlo, no te trato como persona sino como mera realidad corpórea. Esta acción no es *reversible*, sino sólo *lineal*. Yo actúo, y tú sufres el efecto de mi acción. No hay ni apelación por mi parte, ni respuesta por la tuya. He actuado sobre ti como si fueras un mero objeto. Con ello te he rebajado de rango. Esta es la quintaesencia de la *manipulación*: tratar a una realidad personal como si se pudiera *disponer* de ella arbitrariamente.

Lo antedicho nos permite comprender que, para crear una relación de encuentro, debemos cumplir ciertas exigencias, que vienen impuestas por la condición misma de las realidades que desean vincularse de esta forma.

3. Exigencias del encuentro

El encuentro⁵ no se puede dar entre objetos, ni entre una persona y un objeto, ni entre una persona y una realidad que no es objeto pero es tratada como tal. Si meditamos bien esta idea, tenemos luz para orientar toda la vida, que debe ser *un tejido de encuentros de diverso orden*.

A esa luz, vemos claramente que la primera condición del encuentro es la *generosidad*. En efecto, si soy generoso, soy respetuoso, respeto tu realidad personal, y no la rebajo de rango. No la trato como un «ello» sino como un «tú», según destacó el pensamiento dialógico o personalista. Tú presentas, por ser corpóreo, condiciones de objeto: eres asible, delimitable, pesable, etc. Pero yo advierto que no te limitas a lo que puedo saber de ti al medirte y pesarte. Como persona, abarcas cierto campo en diversos aspectos: el afectivo, el ético, el estético, el profesional, el religioso... Más que un objeto, eres todo un «campo o ámbito de realidad».

Eres una realidad que abarca cierto campo y lo hace en constante desarrollo. Por eso debo respetarte en lo que eres y en lo que estás llamado a ser. De ahí que colabore contigo a tu desarrollo. Esta colaboración da lugar al encuentro, visto como una experiencia reversible que enriquece nuestros ámbitos de vida.

Este intercambio íntimo supone la *apertura* del uno al otro. El que se cierra en su egoísmo no puede encontrarse. Hay que *salirse al encuentro* mutuamente, y hacerlo con *sinceridad* y *veracidad*. El que se manifiesta a otro con falsedad no manifiesta voluntad de entrega, sino de reserva, y no engendra *confianza*. La desconfianza invita a cerrarse en sí mismo; anula el encuentro. Sólo si *confío* en que me vas a ser *fiel* y tengo, por tanto, *fe* en ti, me muevo a hacerte *confidencias*.

⁵ Este sugestivo tema se halla expuesto con amplitud en A. López Quintás, *Inteligencia creativa*, (BAC, Madrid 2003) 131-219.

Si ves en mi apertura confiada hacia ti una búsqueda *desinteresada* de intimidad, no dudas en vibrar conmigo, con mis problemas, mis alegrías y mis penas. Esa capacidad de vibración es la *simpatía*.

Esta apertura *simpática* al otro no florece en una relación de encuentro si no lleva en el fondo una decisión de *fidelidad*, entendida no como mero aguante sino como perseverancia en la voluntad de *crear* en todo momento lo que uno prometió crear un día.

Estas y otras muchas condiciones del encuentro son, en realidad, las condiciones de la *creatividad* humana -que se da siempre por vía de encuentro, de un tipo o de otro-, y se denominan «virtudes». Las virtudes (*virtutes*, en latín) son capacidades que adquiere el hombre en orden a fundar los modos más elevados de unidad con las realidades del entorno. El hombre «virtuoso» es el que va configurando su modo de ser en tal forma que le resulta fácil relacionarse con el entorno de forma muy valiosa. «Vicioso» es, por el contrario, el hombre que a través de su conducta ha ido modelando un modo de ser que le impide crear tales formas de unidad.

4. Diversos modos de encuentro

Estos modos elevados y enriquecedores de unidad podemos establecerlos no sólo con las personas sino con todas las realidades que son fuente de posibilidades y, en la misma medida, tienen cierto poder de iniciativa. Eso sucede, por ejemplo, con una *institución*. Esta no es una persona, pero tampoco un objeto. Me ofrece un elenco de posibilidades y yo le ofrezco otras a ella. Podemos establecer una relación reversible, entreverar nuestros ámbitos de vida, encontrarnos.

Cabe también encontrarse con realidades que, por una parte, tienen condiciones de *objeto* -son mensurables, asibles, delimitables...- y, por otra, nos dan una serie de posibilidades de forma que podemos entrar en relación de intercambio. Así, un barco puede ser medido, tocado, pesado, situado, delimitado..., y, al mismo tiempo, me ofrece la posibilidad de pasear, comer, dormir, pescar, navegar... No es sólo un objeto; es un «ámbito de realidad», o sencillamente un «ámbito». En cuanto tal, puedo entreverar mi ámbito de realidad con el suyo y encontrarme en cierta medida con él.

Algo semejante podemos decir de un instrumento musical. Un piano, como mueble, es un objeto: puede ser medido, pesado, delimitado, situado... Como instrumento, me otorga posibilidades de sonar, que yo puedo asumir *activamente* en cuanto las vinculo con las que yo tengo en orden a crear formas musicales sobre el teclado. Al interpretar una obra musical, me encuentro con el piano, con la partitura -que también es un ámbito, además de un objeto-, con el autor, con el estilo del autor y con su época. Se trata de un encuentro múltiple, sobremanera enriquecedor.

El arte de vivir humanamente consiste en respetar el carácter de ámbito que tengan las realidades de nuestro entorno y elevar a condición de ámbitos ciertas realidades que en principio se nos muestran como meros objetos. Tienes una sencilla tabla cuadrada. Pintas en ella cuadraditos en blanco y negro, y la conviertes en «tablero», en *campo de juego*, en «ámbito». Cualquier utensilio, en cuanto juega un papel en tu vida, adquiere cierto carácter de «ámbito». Por eso admiramos en Frankfurt la pluma con que Goethe escribió el Fausto. Como objeto, carece hoy de todo valor. Como realidad que de algún modo participó en un proceso creador sobresaliente, adquirió un valor especial, se «ambitalizó» en cierta medida y se orló de un sentido peculiar.

El hombre que se cuida de realizar esta transformación de objetos en ámbitos enriquece su horizonte vital de forma insospechada. Su vida se convierte en un tejido de ámbitos. Estos ámbitos no son dominables, no constituyen un objeto de posesión, pero enriquecen sobremanera nuestra vida por cuanto nos otorgan un alto poder creador de encuentros. Cuando uno renuncia a *poseer*, para ampliar su capacidad de *encontrarse*, empieza a ser *verdaderamente libre*.

Figúrate que tengo en la mano un sencillito trozo de pan. ¿Se trata de un objeto? Presenta características de tal: puede ser pesado, medido, agarrado... Pero intenta profundizar, y verás que el pan es mucho más que un objeto. El pan es producido en un proceso fabril, y lo es a base de frutos del campo, por ejemplo, el trigo. ¿Qué es un grano de trigo? ¿Es producto de un proceso de fabricación? Evidentemente no. Nadie «produce» trigo. El campesino recibe unas semillas de sus mayores y el arte de trabajar la tierra. Deposita la simiente en la madre tierra confiadamente y espera. Espera pacientemente a que venga la lluvia y empape la tierra y vincule las sustancias nutritivas de ésta con las semillas, y que más tarde luzca el sol para dorar la mies... El fruto de esta múltiple confluencia de lluvia y sol, océano y viento, tierra, semillas y campesino es la espiga de trigo. Por eso encierra ésta -y, derivadamente, el pan- un gran valor *simbólico*. El padre de familia parte, reparte y comparte con el huésped el pan de la amistad, que es símbolo del encuentro. Lo es por ser él, a su vez, fruto de una confluencia armónica y fructífera.

Esta forma relacional, abierta, de ver el trigo nos lleva a considerar el pan más bien como *fruto* de una interrelación fecunda que como *producto* de un esfuerzo humano. El pan es, en definitiva, un *don*, y así lo reconocían nuestros mayores cuando tenían por costumbre besar el trozo que se caía al suelo y aprovechar los restos que sobraban de un día de campo. El pan no se tira porque no somos dueños del pan, aunque hayamos colaborado en el proceso que culminó en ese fruto de la tierra que es el trigo.

Una forma de contemplación semejante nos lleva a ver una simple ermita como *edificio* y como *templo*. El edificio se convierte en templo cuando tiene lugar en él una relación de encuentro entre los fieles que lo construyeron y el dios al que adoran. El edificio se presta muy bien a esta transformación en templo o «lugar de encuentro» por cuanto él mismo es un *lugar de*

confluencia: confluencia de los materiales y la tierra que los sostiene, y de ambos con el espacio que los alberga, y con los constructores que pusieron en juego su saber y su esfuerzo... La ermita está muy lejos de ser una gran cosa compuesta de muchas cosas. Es todo *un ámbito de realidad*, con el que podemos entreverarnos y encontrarnos.

Cuando adoptamos esa forma de ver el entorno, se ensancha increíblemente nuestro horizonte vital, la riqueza de nuestra inteligencia, la energía de nuestra voluntad, la nobleza de nuestros sentimientos. La vida adquiere, así, una nueva dimensión. Toda nuestra existencia cobra un gran valor. Nuestra inteligencia adquiere las tres condiciones que marcan su plenitud: largo alcance, amplitud y penetración. La voluntad se enardece y dinamiza ante el gran valor que va ganando nuestra vida al crear relaciones con las realidades del entorno, vistas como ámbitos. Al hacerlo, se suscitan en nuestro ánimo sentimientos de entusiasmo, que surgen espontáneamente al encontrarnos con realidades muy elevadas⁶.

5. Se confirma que el verdadero ideal del hombre es la unidad

Al descubrir la riqueza que aporta a nuestra vida el descubrimiento de los «ámbitos» y la realización de diversos modos de encuentro, intuimos que *el ideal verdadero de nuestra vida es crear las formas más elevadas de unidad*. Conviene reparar en que hay formas de unidad de muy diverso valor. Me agarro fuertemente a la mesa, levanto la mano y, ¿qué queda? Nada. Fue una forma de unión intensa pero pobre. Toco un piano por fuera, me adhiero a él con firmeza durante un rato y al final no tengo nada entre las manos. Es una mera unión tangencial, no creativa. Si sé tocar el piano, levanto la consola, meto los dedos entre las teclas e interpreto una obra musical, la unión táctil parece igual que antes, pero ahora está integrada con otra forma de unión superior, la que tengo con la obra interpretada. El fruto de esa doble forma de unidad es la obra musical que acabo de re-crear. Como sabemos, toda interpretación lograda es una nueva creación de la obra.

Si, en vez de orientar mi vida hacia el ideal egoísta del dominio, la consagro al ideal generoso de la unidad y solidaridad, cambia todo en mi existencia y adquiere pleno sentido. Ya no intentaré *dominar* cuanto puede servir a mis intereses, para ponerlo a mi servicio. Procuraré *respetarlo*, para unirme profunda y fecundamente con él. Este cambio de actitud me orienta hacia los procesos de éxtasis o creatividad y me aleja de los procesos de vértigo.

1) *El proceso de vértigo o fascinación*. Si soy egoísta, tiendo a convertir cada realidad de mi entorno en medio para mis fines. Cuando veo algo que me atrae poderosamente, mi actitud interesada me lleva a dejarme arrastrar por la ambición de dominarlo, poseerlo y disfrutarlo. El afán de obtener ganancias inmediatas, gratificaciones fáciles, me fascina, es decir,

⁶ Cf. o. c., 183-203.

me seduce y me empasta con la realidad deseada. Ante un estímulo halagador, mi respuesta parece darse de modo automático. No hay *distancia de libre juego* entre la realidad y yo. Por eso no se da encuentro. Puedo dominar tal realidad apetecida, pero no puedo encontrarme con ella. Al no encontrarme, no me realizo como persona, porque el hombre es un «ser de encuentro», según hemos visto. Cuando me doy cuenta de que estoy bloqueando mi desarrollo personal, siento tristeza. El dominio que halaga produce en principio exaltación, euforia, pero se traduce pronto en decepción. Al verse una y otra vez aislado y bloqueado, uno se siente vacío interiormente porque el hombre sólo se plenifica al encontrarse con realidades valiosas. Si nos asomamos a ese tremendo vacío, somos presa del vértigo espiritual: la angustia. Este género de angustia suele ser irreversible porque la entrega a la fascinación debilita la voluntad y lanza por un plano inclinado. Cuando todas las vías hacia la plenitud personal aparecen cerradas, surge el sentimiento de desesperación. La amargura profunda de verse anulado como persona lleva a la destrucción: la física o la moral, o ambas.

Numerosas obras literarias y cinematográficas plasman de modo impresionante este proceso de vértigo, que en principio no te pide nada, te invita a dejarte arrastrar por el afán de poseer aquello que atrae; te lo promete todo y acaba quitándotelo todo.

2) *El proceso de éxtasis o creatividad*. Si soy generoso, no convierto los seres del entorno en satélites míos, los respeto y estimo en lo que son y en lo que están llamados a ser. Tal estima me lleva a no tomarlos como medios para mis fines sino como compañeros de juego en una tarea creadora. Esta voluntad colaboradora da lugar al encuentro. Al encontrarme, me desarrollo como persona y siento alegría. La alegría se trueca en entusiasmo cuando la realidad con la que me encuentro me ofrece posibilidades creadoras de tal magnitud que, al asumirlas activamente, me elevo a lo mejor de mí mismo. Esta elevación se traduce en un sentimiento de felicidad interior, el cual, a su vez, suscita una actitud de mayor confianza en el poder constructivo de todo lo valioso y una total decisión de entregarme a la tarea común de fundar modos muy elevados de unidad. El entusiasmo conduce, así, a la edificación plena de la persona humana y de la comunidad. El proceso de creatividad o éxtasis perfecciona a todas las realidades que entran en relación de encuentro.

Sobrevolemos lo antedicho. El proceso de creatividad o éxtasis te pide todo al principio, te lo promete todo y te lo concede todo al final. ¿Qué te exige el éxtasis? Generosidad, apertura de espíritu, disponibilidad. No existe una sola acción creativa -en deporte, en arte, en vida de amistad, en la práctica religiosa y ética...- que no lleve en la base una actitud generosa. El deporte, bien realizado, es una actitud *extática*: crea formas de interacción fecundas. Es un encuentro. Si carece de generosidad, la práctica del deporte degenera pronto en mera *competición*, que toma al adversario como medio para sus propios fines: ganar prestigio, honores, dinero... El amor personal es una actividad *extática*: crea modos muy altos de unidad.

Quítale generosidad a esa relación y verás cómo se reduce a *mero erotismo*, que es un intercambio de intereses y no crea forma alguna de unidad verdadera.

Al comportarnos generosamente, encauzamos nuestra actividad por la vía del éxtasis y llegamos a plenitud como seres personales, lo cual suscita en nosotros un sentimiento de felicidad, polarmente opuesto a la amargura que produce el vacío espiritual propio del vértigo.

El proceso de éxtasis no empasta, no seduce; mantiene la distancia del respeto y al final une de modo muy fecundo. El proceso de vértigo quiere evitar toda distancia y acaba alejando, porque nos obsesiona con una realidad distinta y distante con la que no podemos hacernos íntimos. La intimidad se logra a través del encuentro, y éste pide creatividad, entreveramiento de «ámbitos», no mero dominio de objetos. El vértigo me saca de mí, me enajena y aliena. El éxtasis, en cambio, me acerca a mi plena identidad personal.

Este somero análisis de los procesos de fascinación y de creatividad nos permite ver al trasluz cuanto está aconteciendo hoy en torno a la familia y a la juventud. Se conceden todo tipo de libertades para entregarse a las diversas formas de vértigo: vértigo de poder, de ambición, de juego de azar, de erotismo, de embriaguez, de droga, de entrega a ríos de impresiones sensoriales... Al fomentar las experiencias de vértigo, se amengua paulatinamente la verdadera libertad de las personas -la «libertad para ser creativas»- y se reducen las comunidades a meras masas. Esta reducción es violenta, pero suele pasar inadvertida a las personas afectadas, seducidas por el atractivo de la fascinación. El manipulador domina al pueblo mediante el arte de ir siempre a favor de corriente: halaga las pulsiones instintivas de las gentes, exalta su ánimo y las persuade de que la *exaltación* supone *exultación* y *felicidad*.

La confusión de lo que exalta y lo que exulta, lo que seduce y lo que enamora, lo que despeña en el vértigo y lo que eleva al éxtasis, supone la mayor trampa que se tiende actualmente al hombre, sobre todo a la juventud, porque enceguece para los grandes valores⁷.

6. La libertad verdadera surge al tender al ideal de la unidad

De ordinario suele entenderse por libertad el disponer de amplias posibilidades y poder escoger entre ellas las que más nos satisfacen. Es un error de graves consecuencias. Tal poder de disposición es sólo *una* forma de libertad, la «libertad de maniobra», que todavía no implica *libertad interior* en el hombre. Empiezo a ser libre interiormente cuando tengo capacidad de tomar distancia respecto a mis intereses inmediatos, sobrevolar mi vida entera y elegir en cada momento no en virtud de mis apetencias sino de las exigencias del ideal que persigo como una meta en mi existencia.

⁷ Una exposición amplia de los procesos de vértigo y de éxtasis puede verse en A. López Quintás, *Inteligencia creativa*, o. c., 331-485; *Vértigo y éxtasis*, Rialp, Madrid 2006.

La libertad para crear formas valiosas de encuentro en virtud del ideal de la unidad presenta diversos grados en cuanto a perfección. Si elijo lo que *debo* hacer en cada caso para realizar el ideal de la unidad y considero ese *deber* como algo que me viene propuesto *desde fuera* y todavía no lo he asumido como propio, soy ya libre, pero con un modo de *libertad incipiente*. Una vez que asuma tal deber y lo ame como algo entrañable porque me lleva a plenitud como persona, lograré un modo de *libertad perfecta*.

En el ambiente desolado de un campo de concentración, un padre de familia camina pesadamente hacia el calabozo en el que debe morir de hambre. Uno de los compañeros de prisión se adelanta, lo detiene y le dice: «¡Quédate tú, que tienes familia; yo estoy solo!». Y murió por él. ¿Cómo se explica esta forma excelsa de libertad interior? Porque el P. Kolbe estaba tan entusiasmado con el ideal de la unidad que cualquier otro valor, incluso el de la propia vida, aparecía como secundario ante sus ojos.

Un joven israelita fue sacado a empujones de la ciudad. De repente, se vio rodeado del odio de quienes se disponían a lapidarlo. Lo normal hubiera sido en ese instante que el joven, por instinto de conservación, gritara, corriera, luchara, intentara morir matando. Muy al contrario, Esteban se quedó con la mirada fija en lo alto y pidió perdón por sus enemigos. Recogió su último hálito de voz para pedir indulgencia para quienes minutos después le dejarían sin voz para siempre. ¿A qué responde esta inmensa libertad interior del joven diácono, su poder de distanciarse en tal forma de su instinto de conservar la vida? Simple y profundamente, al hecho de que su ideal era la unidad. Al verse agredido por sus verdugos, toma distancia frente a su natural apego a la propia vida, y piensa más bien en lo que constituye la meta, el núcleo, el sentido último de su existencia: la unidad. Por eso pide que se restablezca, mediante el perdón, la unidad que se halla en trance de perderse.

Es ésta una forma de unidad llena, repleta hasta los bordes de creatividad y de sentido. De *creatividad*, porque funda encuentro incluso con los enemigos. De *sentido*, porque nos pone en verdad, ya que hombre verdadero y cabal es el que funda los modos más valiosos de unión.

En el polo opuesto, se da con frecuencia una forma de *libertad vacía*, la propia de quien se queda a solas por haber roto los vínculos de amistad y compromiso con el entorno. El protagonista de *El aplazamiento*, de J. P. Sartre no toma el tren que debía conducirlo al frente de batalla para defender su patria invadida injustamente. Deserta y se complace en callejear por París. Al verse solo, absolutamente libre, liberado de todo vínculo, se pregunta a sí mismo: «¿Y qué voy a hacer con tanta libertad?». Esta forma de libertad desarraigada instala al hombre en un desierto de relaciones y hace imposible el encuentro. Nada extraña que, según el autor, el protagonista se haya ido deslizando por la costra de un astro muerto...⁸.

⁸ Cf J. P. Sartre, *El aplazamiento*, Losada, Buenos Aires ⁵1967. Versión original: *Les chemins de la liberté, II. Le sursis* (Gallimard, París 1945) 418-421. Un comentario puede verse en la obra de A. López Quintás, *El arte de leer creativamente* (Stella Maris, Barcelona 2014) 180 ss.

7. Intento fallido de superar el vacío existencial

El hombre se vacía de libertad auténtica y de cuanto necesita para realizarse plenamente como persona cuando se encamina hacia el ideal egoísta del poder y el dominio. Al anular el encuentro, se priva de los frutos del mismo: alegría, entusiasmo, felicidad, paz interior, júbilo festivo, amparo... Nietzsche lamentó la suerte de quienes carecen de «hogar espiritual». Tener hogar es «habitar», en el sentido de crear vínculos amistosos. «Habitar una casa», en sentido transitivo -muy superior en creatividad al mero «habitar en una casa»-, significa instaurar en ella un hogar, convertirla activamente en lugar donde arde el fuego de la verdadera amistad y unidad.

Buen número de personas que sufren el desamparo provocado por la falta de unidad verdadera caen en la ilusión de pensar que aumentando las posesiones y las gratificaciones egoístas cobrarán la seguridad de que carecen. El que adopta una actitud básica de egoísmo individualista tiende a pensar que, aislándose en sí, cobra poderío e independencia. Este aislamiento en los límites cerrados del yo anula todavía más la creatividad, que es siempre dual, es decir, implica la apertura a realidades que ofrecen posibilidades para actuar con sentido. Esa falta de creatividad se traduce en un mayor desvalimiento y desamparo.

Al sentirse más inseguro, el iluso hombre del vértigo intenta colmar el vacío por una vía distinta: la *salida de sí*. Pero esta salida no la entiende como una apertura generosa al encuentro, sino como una evasión o pérdida de sí. Tal pérdida suele llevarse a cabo mediante diversos recursos:

- la adicción a los juegos de azar,
- la embriaguez alcohólica,
- la práctica del erotismo banal,
- la inmersión en la marea de un ritmo obsesivo electrizante...

La movilización de estos recursos da una primera impresión de poderío porque uno se deja arrastrar por fuerzas poderosas que en alguna medida le pertenecen por ser pulsiones elementales de la propia naturaleza. Pero es un mero espejismo, ya que no se trata de un *poder libre* sino de una forma de *arrastre violento*. Don Juan burló a multitud de jóvenes tras haberlas seducido. Tal actitud infracreadora destruyó su personalidad; él fue, en definitiva, el gran burlado.

Al verse arrastrado hacia un estado de mayor menesterosidad, el hombre da con frecuencia un giro de 180°: intenta conseguir amparo mediante la afirmación de sí. Esta afirmación no la busca en la entrega confiada del encuentro, porque tal actitud de apertura implica generosidad y el hombre egoísta no sospecha siquiera que pueda incrementar el amparo

y la seguridad a través del riesgo de la entrega desinteresada. La busca en el alejamiento respecto a los demás seres y en el dominio implacable de los mismos.

Esta táctica de *alejarse para dominar* inspira diversos procesos de vértigo:

- el vértigo de la ambición de poder y dominio;
- el vértigo de la pura competición, que tiende a vencer a cualquier precio;
- el vértigo del resentimiento y la envidia;
- el vértigo de los celos, que desean retener a las personas como si fueran un objeto de posesión, una pertenencia;
- el vértigo de la lucha;
- el vértigo de la revancha y la destrucción.

El que se entrega a estos tipos de vértigo y otros semejantes es un iluso si cree orientarse con ello hacia su pleno desarrollo personal. La verdad es que se despeña por un plano inclinado hacia su propia destrucción. Después de indicar que una anciana rusa había perdido a la ruleta cuanto le quedaba, Fedor Dostoievski troquela esta sentencia: «No podía ser de otro modo: cuando una persona así se aventura una vez por ese camino, es igual que si se deslizará en trineo desde lo alto de una montaña cubierta de nieve: va cada vez más deprisa»⁹.

Otro ejemplo impresionante del carácter iluso del vértigo nos lo ofrece Orson Welles en su genial película *Ciudadano Kane*. El protagonista, despechado por el abandono de su esposa, destruye cuanto encuentra a su paso. Disminuye con ello sus propios bienes materiales, pero cree sin duda dar a su yo una peculiar afirmación y evitar el vacío de la soledad y el resentimiento. De hecho, no hace sino aumentar su propia desolación interior.

El vacío existencial no puede superarse sino mediante un cambio radical de actitud, elevándose a un nivel más alto en la manera de concebir la vida y realizarla. Ese nivel es el de la creatividad, que da lugar a procesos de «éxtasis».

8. La diferencia entre erotismo y amor personal

Al llegar a este punto debemos preguntarnos a qué se debe que optemos por la vía del éxtasis o por la del vértigo. La contestación es simple: depende del ideal que persigamos en la vida. Si tomamos como valor supremo en nuestra existencia el dominar y poseer para sentirnos superiores y disfrutar, tenderemos a considerar todas las realidades del entorno como objetos, puros medios para nuestros fines. Esa actitud egoísta nos encamina hacia el vértigo, con lo que implica de sentimientos de euforia, al principio, y luego de decepción, tristeza, angustia y desesperación. En cambio, si el valor que constituye nuestro norte en la vida es unirnos a los

⁹ Cf F. Dostoievski, *El jugador*, (Alianza, Madrid 1980) 126-127.

demás con voluntad de ayuda y participación en campos de creatividad comunes, respetaremos cada realidad en lo que es y en lo que está llamada a ser. Esa actitud solidaria nos lleva al encuentro, que nos eleva extáticamente a lo mejor de nosotros mismos y nos llena a desbordar de sentimientos de alegría, entusiasmo, felicidad, paz, amparo, júbilo festivo.

Todo cuanto nos ayuda a realizar nuestro ideal se carga para nosotros de *valor*. Es valioso lo que nos otorga posibilidades para actuar con sentido. Tiene sentido lo que se orienta al ideal. Si el ideal es auténtico porque se ajusta a nuestra condición de hombres, tal sentido es positivo, y el valor es genuino. Cuando el ideal es inauténtico porque no significa nuestra realización cabal sino nuestro malogro radical, nuestro hundimiento como personas, dicho sentido es negativo y el valor debe ser visto como un antivalor.

El juego es de por sí una actividad creativa, constituye un proceso extático, fundador de encuentro. Pero, cuando está inspirado por el egoísmo, puede degenerar en vértigo y dar lugar incluso a una fijación patológica: la «ludopatía». Esta caída en el vértigo enceguece para los valores auténticos. Testimonios escalofriantes de jóvenes ludópatas lo confirman: «Desde que me di al juego -confesó recientemente un joven de 17 años en un programa televisivo- no hay nada que me importe a no ser seguir jugando. Ni mi novia, ni mi madre, ni mi carrera, ni el deporte. Nada de lo que antes me entusiasmaba me interesa ahora». ¿Quién podría ver un valor positivo en la entrega fascinada al juego de azar?

Algo semejante cabe decir de las otras formas de vértigo. Todas proceden de la actitud básica de egoísmo. Éste pretende ganarlo todo y acaba perdiéndolo todo. En su *Diario íntimo*, Unamuno refrenda estas ideas con una confesión impresionante: «Es poco pura esta constante preocupación mía por mi propio fin y destino. Es tal vez una forma aguda de egoísmo». «Ya no volveré a gozar de la alegría, lo preveo. Me queda la tristeza por lote mientras viva»¹⁰.

El egoísmo se nos manifiesta claramente como un antivalor. La generosidad, por el contrario, muestra un valor muy positivo.

Este criterio para distinguir los valores y los antivalores nos permite ahora determinar con toda precisión la calificación que nos merecen el *erotismo* y el *amor personal*. Según la investigación ética actual, el amor conyugal, para tener un carácter personal y ser auténtico, debe aunar cuatro elementos o ingredientes:

1) La *sexualidad*, con cuanto implica de halago sensorial e incitación psicológica.

2) La *amistad*, una forma de unidad generosa, oblativa, que debemos crear esforzadamente. La sexualidad no implica creatividad alguna; es un proceso que, una vez iniciado, llega a su fin por una especie de impulso interior. La amistad hay que hacerla surgir, mantenerla y perfeccionarla. No hay en el hombre un instinto que, dejado a su arbitrio, dé lugar a la amistad.

¹⁰ Cf. M. de Unamuno, *Diario íntimo* (Alianza, Madrid 2^a 1972) 123.

3) La *proyección comunitaria* del amor. El amor surge entre dos personas de forma privada, pero, si es personal -es decir, si se dirige a la persona del otro y no sólo a algunas de sus cualidades-, tiende a afirmarse comunitariamente. Esta afirmación se logra al crear un hogar.

4) La *relevancia* del amor, su valor eminente. El amor conyugal, rectamente entendido y vivido, muestra una fecundidad extraordinaria en orden al incremento del amor interpersonal y a la creación de nuevas vidas. Nada hay en el universo más grande que una persona. Dar vida a una persona es un prodigio que ya no admiramos a fuerza de contemplarlo a diario. Pero merece un inmenso respeto y produce sobrecogimiento a cuantos tienen alguna sensibilidad para lo grande.

Estos cuatro elementos -sexualidad, amistad, proyección comunitaria y relevancia- no deben estar meramente *yuxtapuestos* sino *integrados*: han de exigirse y enriquecerse entre sí. Si uno ejercita la sexualidad, ha de cultivar al mismo tiempo la amistad, encarnar el amor en un hogar y darle toda la fecundidad a que está naturalmente llamado. Así integrados, esos cuatro elementos forman una *estructura*, de tal forma que, si se desgaja uno de ellos, el conjunto se desmorona.

Ahora podemos decir de forma sencilla y radical qué es el *erotismo*. Es un modo de comportarse que desgaja el primer elemento -la sexualidad- de los otros tres, con el mero propósito de obtener una gratificación fácil. Rebaja el ejercicio de la potencia sexual a condición de mero medio para obtener satisfacciones placenteras y no se cuida de crear relaciones de amistad, conceder al amor su capacidad de fundar vida comunitaria y otorgarle toda su fecundidad. Ese rebajamiento de la sexualidad es violento y fuente de violencia. Ello explica cómo en tantas obras literarias y cinematográficas, y en la vida diaria misma, se pasa con frecuencia sin solución de continuidad de la embriaguez erótica al frenesí de la destrucción en el pillaje y el asesinato¹¹.

9. Claves de interpretación y pautas de conducta

Lo antedicho afina nuestra sensibilidad para comprender dónde radica la verdadera grandeza de nuestro ser de hombres. Esta sensibilidad nos permite descubrir diversas *claves de interpretación de la vida*, que se traducen en otras tantas *pautas certeras de conducta*. Entre ellas destacan las siguientes:

1) Para prevenir a los jóvenes y ponerlos alerta ante las graves consecuencias de ciertas conductas desarregladas no hay otro método eficaz que entusiasmarlos con los grandes valores,

¹¹ Estas consideraciones sobre la formación para el amor son explanadas en A. López Quintás, *El amor humano. Su sentido y su alcance*, Edibesa, Madrid ³1994, *El secreto de una vida lograda*, Palabra, Madrid 2003, *El descubrimiento del amor auténtico*, BAC, Madrid ²2014.

que nos orientan hacia los procesos de éxtasis o creatividad y nos alejan de los procesos de vértigo o fascinación. Debe tenerse muy en cuenta que toda forma de vértigo exalta al hombre, produce euforia, pero inmediatamente sume en la decepción y el desamparo. El hombre iluso que busca la felicidad en alguna forma de vértigo recurre al atractivo fácil de otros vértigos para intentar superar su desvalimiento. Pero éste, lejos de amenguarse, se acrecienta y suscita la amargura propia de la desesperación.

Esta siniestra circunstancia nos revela hasta qué punto es incoherente la actitud de quienes proclaman estar contra la droga pero fomentan en la sociedad el *espíritu hedonista* que procede del egoísmo y suscita egoísmo. El hedonismo consagra el valor de lo agradable como el valor supremo. Esta alteración de la escala de valores provoca la caída por el tobogán del vértigo.

2) El amor personal colma nuestra vida, no la desmadra, como hace el erotismo -que es una forma de vértigo-; la lleva a plenitud serenamente, aunque sea muy sencilla, anodina en apariencia. Eso nos permite revalorizar la vida cotidiana y resaltar las posibilidades creativas que puede encerrar para nosotros.

3) El «elemento» propio de la vida humana, aquél en que puede desplegarse plenamente y alcanzar felicidad y amparo, es el encuentro, la interrelación vivida con amor oblativo. El oxígeno del espíritu humano es todo cuanto incentiva las formas más altas de unidad. El que convierte su vida en un tejido de vínculos amistosos vive con plenitud su ser de persona. El que se sale del circuito del amor se exilia de su verdadero ser, se queda en vacío y se asfixia espiritualmente.

4) El que pretenda llenar tal vacío con el mero consumismo, fiel al viejo lema de «poseer y tener para consumir y disfrutar», no hará sino agitarse en vano y alejarse de cuanto lo enriquece y hace feliz. Querer disponer de la verdad a capricho, en lugar de dejarse configurar por ella; desvivirse por acumular posesiones -de cosas y personas- en vez de ponerlo todo al servicio de la creación de modos de unidad cada vez más valiosos; cultivar la inteligencia para mejor dominar a personas y grupos, destruyendo toda posibilidad de encontrarse en verdad con ellos..., es ir contra las leyes del propio desarrollo como personas y agrandar el vacío interior, generador de angustia.

Según el gran psicólogo vienés Viktor E. Frankl, la causa principal de los desarreglos psíquicos que padecen muchas personas actualmente no es la llamada «represión sexual», como pensaba Freud y buena parte de sus epígonos, ni el «complejo de inferioridad», como afirmaba Adler, sino el «vacío interior» que sigue a la pérdida del sentido de la vida¹².

5) El que renuncia a quedarse en los valores más inmediatos y tomarlos como una meta en la vida y tiende a integrarlos con el valor por excelencia que es crear los modos más altos de

¹² Cf. V. E. Frankl, *Der Mensch vor der Frage nach dem Sinn*, (Piper, Munich 1985) 141. Esta obra es distinta a la publicada con el título *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona ¹⁶1994.

unidad, cierra el círculo de amor del universo, se pone en verdad, adquiere su máxima dignidad y plenitud de persona. Dios creó el mundo por amor y dotó al ser humano de inteligencia, libertad y capacidad amorosa para que retorne lúcida y voluntariamente a su origen mediante la fundación de modos generosos de unidad. Todo ser que se mantiene unido a los demás es fiel al designio del Creador sobre el universo. La flor da gloria a Dios al expandir su olor y mostrar la belleza de sus formas; el astro, al recorrer su órbita; el animal, al aparearse y conservar la especie... Glorifican al Creador, pero no lo saben. Quien lo sabe es el hombre. Sabe que fue llamado por su nombre a la existencia, y el sentido de su vida consiste en responder a esa llamada amorosa con un *sí* decidido a favor de la unidad.

Al crear modos valiosos de unidad, coronamos la obra de la creación y damos voz a todos los seres; nos convertimos en *portavoces de todo el universo*. Es un momento grandioso, pues se trata de una tarea entusiasmante que nos colma de sentido y de alegría a rebosar, ya que, como decía el gran Bergson, «la alegría anuncia siempre que la vida ha triunfado»¹³. No hay triunfo mayor que unirse de verdad a los seres circundantes en el camino de retorno al origen común: el Ser Supremo.

SEGUNDA PARTE

Tres diálogos sobre la felicidad verdadera

DIÁLOGO 1º

Lo agradable es un valor que remite a valores más altos

1. Introducción: tres cuestiones sobre la felicidad auténtica

1.1. *Cuestión primera*

Si te preguntara, querido amigo, si eres feliz, ¿qué me responderías? Piénsalo un poco. ¿Cuándo te sientes feliz? Posiblemente me respondas: «*Cuando me siento a gusto porque lo estoy*

¹³ Cf H. Bergson, *L'énergie spirituelle*, (PUF, París ³²1944) 23 (trad. esp., *La energía espiritual*, Espasa-Calpe, Madrid 1982).

pasando bien». Esto indica que para ti la *felicidad* va unida con la sensación de lo *agradable*. Te agrada, tal vez, pasear, montar en bicicleta, practicar tal o cual deporte, viajar, ver cine y televisión, conversar con amigos, acariciar a una persona que te resulta atractiva... Realizar estas actividades te gusta y te sientes, por tanto, feliz. ¿Es así?

Veo que asientes; y tienes razón, en principio. Lo agradable es un valor porque nos indica que la vida vale la pena vivirla, es algo positivo. Pero da conmigo un paso más adelante y pregúntate: *Lo agradable ¿es el valor supremo en nuestra vida?*

Seguro que has hecho más de un favor a otras personas, aunque no fueran amigas tuyas o no te resultaran demasiado simpáticas. Por ejemplo, has consolado un día a uno de tus compañeros que se sentía abatido por haber tenido una desgracia familiar o un fracaso escolar o deportivo. Dime: *¿No te has sentido bien al hacerlo?* Puede que lo hayas hecho con sacrificio, porque aprovechaste un rato de recreo y debiste renunciar a tu deporte favorito. *¿Te has arrepentido luego de haber hecho tal renuncia, o, más bien, sentiste una satisfacción interior que dejó completamente a un lado el gusto que te hubiera dado tal juego?*

Sin duda me respondes positivamente. Y me alegro de ello, porque eso indica que estás descubriendo con toda claridad que *hay diversos tipos de satisfacción y de agrado*. *¿No te gustaría saber la importancia que tiene esto para ordenar bien nuestra vida amorosa?*

Nuestros amigos del coloquio nos lo van a aclarar en el primer diálogo.

1.2. Cuestión segunda

A veces se nos dan consejos como este: *Tienes un cuerpo; sácale jugo como a un limón, y no te preocupes de otra cosa*. A primera vista, parece una buena recomendación, inspirada por el deseo de que seamos felices. El cuerpo nos ofrece muchas posibilidades: la de andar, comer, saludarnos, hablar, pensar, escribir... Está a nuestra disposición. Nos obedece cuando le mandamos. Se pone en forma cuando lo cuidamos y entrenamos. Es el medio que tenemos más cercano a nosotros para realizar mil tareas y actividades. Estamos tentados a considerarlo como *un instrumento a nuestro servicio*.

El «instrumento» musical que domina y maneja un cantante es su voz. Su voz es producida por su cuerpo. Él lo prepara y lo utiliza para el desarrollo de su profesión. El ejercicio de ésta le depara gozos y goces, satisfacciones espirituales e incluso físicas: *«Cantar, meciendo la voz sobre el fondo sonoro de la orquesta que suena en el foso, es una delicia que me conmueve cada vez más»*, confesó en una ocasión la soprano Monserrat Caballé.

El cuerpo se deja modelar por nosotros y está atento a la menor de nuestras indicaciones. Pero *tu cuerpo ¿es un medio a tu servicio para que hagas con él cuanto desees y pueda él ofrecerte?* Esta es la cuestión decisiva. Piénsalo bien antes de responder, porque está en juego la dignidad de tu cuerpo y, por tanto, de toda tu persona, ya que el cuerpo es un aspecto de tu persona total, lo mismo que tu espíritu.

Cuando te digan que le saques jugo a tu cuerpo como a un limón, piensa si es sensato considerar el propio cuerpo como una realidad vegetal. Puedes hacerlo y sacar provecho de él en uno u otro aspecto. Pero *¿sales ganando con eso en cuanto persona? ¿Ganas dignidad o la pierdes? Un limón vale en cuanto sirve para algo. ¿Crees que las personas sólo valemos en la medida en que somos útiles? ¿O nuestro valor está por encima de la utilidad?*

Advierte que no se trata en principio de prohibir nada, sino de descubrir el sentido o el sinsentido de lo que hacemos. Sólo al conseguirlo podremos orientar debidamente nuestro modo de actuar y desarrollarnos plenamente como personas.

Esta cuestión se conecta con la siguiente, que nos ayuda a entender mejor el sentido de nuestro cuerpo.

1.3. Cuestión tercera

En un programa sobre información sexual que fue ofrecido por Antena 3 televisión, de Madrid, una joven defendió que dar gusto una persona a otra mediante caricias de tipo sexual es algo bueno porque crea afecto y una atmósfera de encanto, que hace dulce la vida y le vuelve a uno optimista. Un joven le indicó que realizar tal tipo de caricias obedece a un impulso instintivo, y, si ella se deja llevar de sus instintos, *desciende al nivel de los animales*. La joven se indignó sobremanera. Ese emparejamiento con los brutos le pareció una injuria inaceptable.

¿A ti qué te parece? Si uno se deja llevar del instinto que nos urge a procurarnos placer por todos los medios, ¿actúa como persona o se rebaja a niveles infrahumanos? Si piensas que sucede esto último, ¿en qué nivel queda situado el que se comporta de esa forma: en el nivel animal o en uno todavía inferior?

Una vez que hayas meditado y asimilado el primer diálogo, volveremos sobre esta cuestión. Verás cómo sabrás contestar con toda precisión a estas preguntas.

2. Coloquio

Belén. En la vida todos queremos ser felices. Lo queremos por ley natural, como el agua tiende a bajar y el humo a subir y el fuego a quemar y dar luz. Es una tendencia *natural*, y es por tanto *buen*. Nos ayuda a realizarnos, a crecer como personas.

Esa felicidad la queremos adquirir viviendo la vida a tope. Figuraos que estáis viendo jugar a unos niños. ¡Qué energía derrochan, qué ilusión ponen en golpear la pelota! No son deportistas perfectos, ni están disputando un campeonato. Sencillamente están viviendo, gastando energías, sintiendo el gozo de moverse, correr, intentar meter la pelota en la portería y ganar.

Al realizar con facilidad todas estas actividades se siente gusto. Cuando uno come, bebe, anda, nada, habla, duerme..., nota que está realizándose y siente una especial satisfacción. Y tal satisfacción es buena, porque indica que uno está realizando algo que le permite actuar, dar de sí, relacionarse, vivir plenamente. Esta grata experiencia nos lleva a repetir esas acciones y descubrir otras que son también placenteras.

Todo esto es natural, y bueno, pero, como todo lo humano, puede presentar ventajas y desventajas. Una *ventaja* es que nos permite pasarlo bien; y esto nos gusta a todos por ley natural. Nadie quiere sufrir. Todos deseamos disfrutar; con lo que sea, pero disfrutar. La *desventaja* es que podemos dejarnos llevar de la voluntad de pasarlo lo mejor posible en cada momento y llegar a pensar que la felicidad suma es acumular sensaciones agradables.

Alberto. En este peligro cayeron los romanos. Supieron fundar un imperio con gran valentía y tesón. Pero llegó un momento en que se propusieron disfrutar de la vida al máximo, y tomaron el placer como una meta; y quisieron darse todos los gustos sin limitación alguna. Por ejemplo: les encantaban las delicias de la buena mesa y dieron por hecho que serían felices prolongando sin fin el agrado que produce comer. Pero el cuerpo humano tiene una capacidad limitada de ingerir alimentos. Ellos no respetaron esta condición natural, y, con frecuencia, devolvían después de la comida para empezar a comer de nuevo. Sin duda alguna, esto os parece una exageración y lo consideraréis incluso de mal gusto. Tenéis toda la razón. Pero permitidme que os pregunte por qué es de mal gusto esa conducta. Sería muy importante saberlo.

Pablo. La respuesta es fácil. Esas personas se dejaron *fascinar* por el gusto que va anejo al comer y tomaron como una *meta* lo que es medio para un fin. El Creador dispuso que todas las acciones que son necesarias para la conservación de la vida tengan el aliciente de producir satisfacción al realizarlas. Si no sintiéramos gusto al calmar el hambre y la sed, comer y beber sería un deber penoso y muchas personas lo descuidarían con riesgo de su salud. Si nos apegamos al gusto -que es un valor- y nos olvidamos de la meta a que el gusto y el agrado deben servir, que es la salud, podemos cometer excesos que no tienen sentido.

Mónica. Yo pienso que lo que acabas de decir puede aplicarse también a los actos que van dirigidos a la conservación de la especie humana. Para dar vida a nuevos seres se necesita que dos personas de distinto sexo tengan relaciones íntimas. Si han de moverse a realizarlas, tales

personas necesitan sentir una atracción mutua. Esa atracción queda saciada cuando se lleva a cabo la unión sexual, que lleva aparejada una especial satisfacción sensible y psicológica.

Belén. Totalmente de acuerdo. Y esa satisfacción es de por sí buena, porque constituye una fuente de alegría, une a las personas y garantiza la pervivencia de la humanidad. Pero aquí surge un peligro parecido al que vimos en relación al comer. Figuraos que una persona, al descubrir que la realización de actos sexuales le resulta agradable, fija la atención en ellos y los convierte en fuente de goce, *sin querer saber nada de cuanto ellos implican*. Se parecerá mucho a los romanos. Convertirá un *medio* en una *meta* y lo despojará de su auténtico sentido peculiar.

Para comprenderlo, hagamos una experiencia. Dos personas se dan la mano. ¿Qué valor tiene en nuestra cultura este gesto? Evidentemente, el de saludarse. Pero decidme una cosa: ¿quiénes son los que se saludan: los cuerpos o las personas? María da la mano a Juan, y Juan a María, y sus cuerpos se tocan. Esto es innegable. Pero quienes se saludan propiamente son sus *personas*. Toda la persona de María entra en relación con toda la persona de Juan. Y viceversa. Ahora imaginaos que María advierte que, cuando se saludan, Juan no dirige la atención a ella sino, más bien, a las sensaciones que experimenta al apretar su mano: calor o frío, humedad o sequedad, aspereza o suavidad... María pensará sin duda que algo falla en la mente de Juan. Porque lo normal, lo adecuado, es que, al saludarse dos personas, cada una entre en relación con la otra no sólo con la parte de su cuerpo que toca para expresar el encuentro.

María le pregunta a Juan por qué fija tanto la atención en las impresiones sensibles que le produce el apretón de manos. Juan indica que lo hace porque le *gusta*. Obviamente, María piensa que Juan ha adoptado una actitud muy parcial, tan parcial que sus actos resultan anormales, raros, y carecen de auténtico sentido.

Alberto. Y tiene razón María. Mirad. Lo agradable es un valor. Pero lo agradable, en el hombre, detecta un valor más alto, apunta hacia él. Lo agradable nos da gusto, en dos aspectos: primero nos satisface y, en segundo lugar, nos da la impresión de que todo marcha bien, de que nuestros actos responden a nuestro modo de ser, y realizarlos nos produce alegría de vivir. ¿Veis? Lo agradable, bien visto y vivido, no se queda bloqueado en sí. Remite a un valor superior. Yo tomo un pescado fresco y me resulta agradable. Este agrado constituye para mí un valor, porque me satisface inmediatamente y, además, me revela que tal alimento se halla en buen estado y es beneficioso para mi salud. *Mi satisfacción es doble cuando atiendo a ambos aspectos*.

Pero yo puedo ser egoísta y querer prolongar indefinidamente la satisfacción primera, la más elemental. Considero el agrado como un fin, una meta en mi vida, dejo de lado la relación que tiene tomar alimentos con mi salud y me dejo llevar de la gula. Esta actitud puede causarme daños a la corta o a la larga. He olvidado que lo agradable no es un valor supremo; no puede ser,

por tanto, el que decida mi conducta en cada caso. Es un valor en mi vida, pero yo debo saber a punto cierto qué función ejerce en ella tal agrado.

El animal no necesita saberlo. Un gato siente predilección por el pescado. Cuando tenga hambre, comerá pescado hasta saciarse, sin cuidarse de reflexionar sobre ello. Su naturaleza le fija el modo adecuado de conducirse para sostenerse en la existencia. El animal tiene instintos que aseguran su pervivencia y la de la especie a que pertenece. Tiene por ejemplo, un instinto que regula lo que ha de hacer para conservar la especie. Por eso, sin proponérselo y sin saber por qué, entra en celo en ciertos momentos del año, se aparea y procrea. No está llamado, por su naturaleza, a *amar* a su pareja y *crear* una relación estable con ella. Carece de tal capacidad creadora.

Ana. Si esto es así, como dices, podríamos afirmar que dejarse llevar de los instintos no significa en el animal un envilecimiento, un descenso del plano en que debe vivir, porque está configurado de esa manera... Al dejarse llevar de sus instintos, el animal hace lo que *debe* hacer, está en la vía recta, asegura con ello su supervivencia y la de la especie.

Pero, entonces, deberíamos pensar que los instintos son más seguros que la inteligencia y la razón.

Belén. ¡Ah! Eso no es tan sencillo. ¿A qué instintos te refieres cuando dices que son seguros?

Ana. A los instintos animales.

Belén. ¿Y quiénes tienen esos instintos?

Ana. Los animales y los hombres.

Belén- ¿Los hombres? ¡No! No podemos meter en un mismo bloque los instintos propios del animal y los propios del hombre.

Alberto. ¡Claro que no! Hay quienes piensan que si a un hombre se lo priva de inteligencia, queda reducido a animal. Y no es cierto. El hombre no está estructurado en pisos, como si fuera un edificio, de forma que abajo estén los instintos animales, iguales del todo a los de las bestias, y por encima se halle la inteligencia y la razón. Los instintos del hombre son distintos de los del animal. Son energías, tendencias, pulsiones *que no llevan en sí su propia regulación*. Por eso tales energías no aseguran la supervivencia del individuo y de su especie. Esas energías necesitan ser orientadas por la inteligencia y la razón, que son quienes determinan a la voluntad.

Pablo. Este asunto hay que estudiarlo bien. ¿Por qué se necesita que intervenga la voluntad y el entendimiento? ¿No se bastan los instintos? Mis instintos son tendencias que me llevan a realizar determinadas acciones. Siento hambre y deseo tomar alimento. Me molesta el calor y tiendo a refrescarme. Siento avidez erótica y quiero satisfacerla. Estos deseos implican una

energía que me lanza hacia cuanto pueda saciarme. *Buscar esta saciedad es algo natural, y por tanto bueno.*

Belén. Naturalmente. Tener impulsos, tendencias y deseos es bueno para nosotros, porque impulsa nuestra acción, le confiere dinamismo, le da vida. Pero dime una cosa: la energía que generan los instintos, ¿hacia dónde nos conduce cuando nos dejamos llevar por ella? ¿Nos conduce siempre a la *misma* meta? Tú sabes bien que no. Al animal lo conducen sus instintos de forma certera hacia una meta *siempre idéntica*: la conservación de la vida y la propagación de la especie. Al seguir los dictados de sus instintos, el animal no corre peligro de poner en riesgo su supervivencia y la de la especie. Saciado sus instintos, *el animal actúa bien*, porque tales instintos están orientados de antemano a la conservación de su existencia y la de su especie. Pero, ¿le basta al hombre saciar sus instintos o necesita orientarlos él de tal forma que tenga *sentido* tal saciedad?

Pablo. El animal, cuando tiene hambre, caza lo que necesita, pero no monta una guerra contra otros animales para tener reserva de alimentos... Y come hasta saciarse, pero no más. No se deja llevar de la gula, porque no tiene la capacidad de convertir el gusto que le produce el comer en una meta. Pero el hombre sí la tiene, y por eso puede cometer excesos, en el cazar, en el comer y beber, en el aparearse...

Mónica. ¡Pero entonces parece que ser hombre es una calamidad!, y que tener inteligencia y voluntad no nos acarrea sino peligros...

Alberto. No. No sólo peligros. Poder pensar, poder escoger y decidir es algo grandioso, es la fuente de la libertad y nos permite tomar toda suerte de iniciativas valiosísimas. Fíjate en las posibilidades que tú tienes. Sientes hambre, ves un alimento apetitoso y tiendes a comerlo ávidamente. Pero puedes responder de otra forma a ese estímulo, por ejemplo: dejar el alimento para más tarde, renunciar a tomarlo, dárselo a otra persona incluso... A cada estímulo puedes dar diversas respuestas. Eres libre para escoger. Puedes crear una relación de ayuda con quien comparte tu situación de hambre. Puedes comprar alimentos e invitar a otras personas a compartir contigo el pan de la amistad. Estas y otras iniciativas semejantes son formas de *creatividad*. ¿Tiene sentido renunciar a esta vida creativa?

Ana. Si esa renuncia nos da equilibrio, nos permite saciar los instintos sin preocuparnos de otra cosa, parece una ventaja...

Belén. Lo parece, pero está lejos de serlo, porque los instintos del hombre no se pueden regular a sí mismos, como sucede en el animal. Y, si crees que basta saciar los instintos sin ponerles cortapisas, te expones a que los instintos no se sacien, se extralimiten y dañen tu salud gravemente, cometiendo por ejemplo excesos en el comer y beber. Lo que sucede es que nosotros, los seres humanos, no podemos dejar de tener inteligencia y voluntad. Si renunciamos a orientar las fuerzas instintivas con nuestra voluntad y nuestra inteligencia, corremos riesgo de poner la inteligencia y la voluntad al servicio de los instintos y caer en exageraciones.

Alberto. Estoy de acuerdo totalmente. Pero hay que agregar algo muy importante. No sólo se trata de evitar exageraciones antinaturales. Cada uno de nosotros, por ser personas, estamos llamados a *dar sentido* a cuanto hacemos. Tenemos capacidad para ver en conjunto las cosas y descubrir que unos aspectos de la vida están vinculados con otros y no se pueden tomar aparte. Sería insensato. Tú tomas un alimento. Te gusta y lo saboreas con agrado. Ese agrado encierra un valor, indudablemente. Pero ¿es el valor supremo? Sabes de sobra que no. Tú tomas el alimento con sumo gusto. Pero figúrate que alguien te dice que tal alimento puede hacerte mucho daño, ¿lo seguirás tomando? A poco juicioso que seas, no lo harás, porque tu inteligencia percibe la diferencia que hay entre estos dos valores: el agrado pasajero y la salud. Darse un gusto momentáneo y estropear para siempre la salud no tiene sentido. Es una insensatez, una locura. ¿Ves? El ser humano, tú y yo, para conservar la vida tenemos que poner en juego la inteligencia y la voluntad. Si lo hacemos, no sólo conservamos la salud y la vida. Le damos pleno sentido.

Mónica. ¡Bueno! Esto se ve claramente, pero aplicadlo al tema del amor humano. Eso de tener que acudir siempre a lo que dictamine la voluntad, ilustrada por el entendimiento, para decidir nuestras relaciones, nos parece a más de uno que es complicar demasiado la vida y quitarle espontaneidad. Yo parto de la base de que los seres humanos estamos bien hechos, y si actuamos con naturalidad, actuamos bien. Mirad. Tengo un folleto de formación sexual donde se nos viene a decir a los jóvenes lo siguiente: «No hay nada que sea anormal si os gusta y os quedáis bien. Si os sentís libres y habéis creado un clima de confianza entre vosotros o vosotras. Si sois sinceros con vuestros sentimientos y con los de la otra persona». «Puedes vivir tu cuerpo como algo positivo y placentero». «Tu cuerpo te pertenece»¹⁴. Esta forma de expresarse da impresión de naturalidad, de espontaneidad y vitalidad.

¹⁴ Cf Consejería de Sanidad y Consumo de la Generalitat Valenciana, *Anticoncepción y sexualidad para jóvenes*, (Valencia 1987) 20, 22. Véase A. López Quintás, *El amor humano. Su sentido y su alcance*, (Edibesa, Madrid 2017) 41-45.

Belén. Sin duda, esos consejeros que os han salido parecen a primera vista desear ardientemente vuestra felicidad, prescindir de tabúes ancestrales y adoptar una actitud moderna y progresista. Pero es una mera ilusión. La felicidad sólo se consigue cuando se actúa conforme al modo de ser propio de uno. Y nuestro modo de ser es corpóreo y espiritual a la vez. Hay una vinculación estrechísima entre el cuerpo y el espíritu. La medicina actual y la biología lo saben muy bien. Es falso, por ello, decir que *tenemos* un cuerpo, como si el cuerpo fuera un *objeto* del que podamos disponer. Por fortuna para todos, nuestro cuerpo es mucho más rico y complejo que un objeto. De ahí que no proceda decir que «tenemos cuerpo». *Somos corpóreos*. Estamos en la vida corporalmente. El cuerpo nos permite, por ejemplo, saludar. Cuando te saludo, mi mano toca la tuya; nuestros cuerpos se tocan, pero esa vecindad tiene un sentido muy alto: el que nuestras personas se están saludando. Mi mano implica aquí a toda mi persona, que saluda a toda tu persona, que también está como condensada y presente en tu mano. Si te doy un abrazo, mi cuerpo es el lugar en el cual toda mi persona está expresándote mi afecto y la alegría del reencuentro.

Alberto. Ciertamente, el cuerpo es la expresión viva de toda la persona. No es un mero medio o utensilio que yo pueda poner a mi disposición. Los utensilios son algo distinto de nosotros, algo de lo cual podemos disponer para nuestros fines. Pero el cuerpo forma parte de nuestro ser, que es indivisible. Por eso yo no puedo separarme de mi cuerpo y tomarlo como un medio para conseguir algo. Yo *soy* mi cuerpo, tú eres tu cuerpo, y cada expresión de tu cuerpo expresa toda tu persona. Nosotros estamos comprometidos con nuestro cuerpo. Nos expresamos en él, nos realizamos en él. Estamos unidos íntimamente a él.

Mónica. Muy bien. Pero, si yo realizo con mi cuerpo alguna acción que me reporta agrado, toda mi persona está expresando su voluntad de obtener una sensación placentera, y eso me basta. No hago ninguna ofensa ni a mi cuerpo ni a mi persona en conjunto. Yo oriento mi vida hacia la consecución de una meta: pasarlo bien. ¿Es malo pasarlo bien, realizar acciones que el Creador dispuso que fueran placenteras?

Belén. En principio no es malo, sino bueno. Lo agradable es un valor. Pero lo es, sobre todo, porque nos abre a valores más altos que el mero producir gusto. Vimos al principio que toda acción humana que se realiza con salud resulta agradable, pero nosotros sabemos que tales acciones están llamadas a colaborar en el logro de ciertos fines. Tú andas *para desplazarte de un lugar a otro, hacer visitas, disfrutar de un paisaje...* Comes *para alimentarte*, etc. Debemos pensar si el agrado de las relaciones amorosas está llamado a quedarse bloqueado en sí mismo, o si remite, más bien, a valores más altos. Tú sabes que el placer lo experimenta la persona, pero pertenece a la vertiente biológica de la misma. No es el sentimiento más alto y fecundo. Es algo

individualista. Querer sólo el placer nos cierra en nosotros mismos. Y el ser humano no está destinado a quedarse cerrado en sí. Tiene una vocación comunitaria.

Mónica. De acuerdo. Pero la relación placentera no es sólo corpórea. Da afecto y lo recibe; crea entre dos personas un clima de ternura, sumamente dulce y bello, pues vincula a dos seres con un vínculo muy estrecho. ¿Se puede considerar esta relación como un mero desahogo instintivo? No lo creo. Dar afecto y recibirlo es una acción auténticamente personal... ¿No os parece?

Alberto. Claro que sí. Pero hay formas de afecto distintas: unas son generosas; otras, en cambio, egoístas. Estas llevan al proceso de vértigo: aquéllas orientan hacia los procesos de éxtasis, que son totalmente distintos¹⁵. Es importantísimo conocer bien estos dos procesos, que son las dos posibilidades que tenemos de vivir las experiencias de amor. Lo veremos en el coloquio del segundo diálogo. Sin duda os va a interesar, porque nos permite comprender con toda nitidez cuál es el camino de la verdadera felicidad. Comenzamos diciendo que todos queremos ser felices y vivir la vida a tope. Podemos intentarlo por caminos distintos. ¿Sabéis, queridos amigos, cuál es el verdadero? Lo vamos a descubrir, entre todos, en el próximo diálogo.

3. Comentario a las cuestiones de la introducción

3.1. Primera cuestión

Para ser de veras feliz, ¿te basta hacer lo que te apetece en cada momento? ¿O debes ajustar tu conducta a las normas que te dicta tu propia realidad personal y la realidad de los demás?

Ese deber de ajustar tu conducta a algo que, en ciertos casos, contradice tus deseos y apetitos, ¿anula tu libertad? Reflexiona sobre lo que significa *ser libre, actuar libremente, poseer libertad interior...*

Después de esta reflexión y de haber seguido el diálogo, seguro que te identificas con esta opinión del gran Goethe, que, en carta a Eckermann, escribió: «*No nos hace libres el no querer aceptar nada superior a nosotros, sino el acatar algo que está por encima de nosotros*».

¹⁵ En el capítulo 4 de A. López Quintás, *El amor humano. Su sentido y su alcance*, o. c. 67-85, se describen ampliamente los procesos de vértigo y éxtasis. Con mayor amplitud todavía son expuestos en *Inteligencia creativa*, o. c., 331-459; *Vértigo y éxtasis*, Rialp, Madrid 2006; *Vértigo y éxtasis*, PPC, Madrid ²1991.

3.2. Segunda cuestión

Cuando saludas a una persona, una parte de tu cuerpo -tu mano- toca a una parte del cuerpo de la persona saludada. Pero *¿quiénes son los que se saludan: vuestros cuerpos o vuestras personas? ¿O eres tú, Pedro, el que saluda a Juan?*

Importa mucho hacerse cargo de lo profundamente unidos que estamos a nuestro cuerpo. No es que yo esté aquí, en mi interioridad, y ahí, un poco distanciado de mí, se halle mi cuerpo, como un instrumento que tengo y del que puedo disponer para lo que quiera. No. Yo *soy* mi cuerpo, no lo *tengo*. Yo soy corpóreo y estoy en el mundo corpóreamente. Y todo lo que haga lo hago comprometido con mi cuerpo, de forma que cualquier gesto corpóreo es una manifestación de toda mi persona. Te doy un abrazo, nuestros cuerpos se entrelazan, y, al hacerlo, *toda mi persona* está abrazando a *toda tu persona*. Por eso, cada gesto corpóreo que realicemos debe ser la expresión viva de nuestra persona, que es quien lo inspira.

A esta luz, la frase «sácale jugo al cuerpo» no tiene sentido, es insensata; envilece al propio cuerpo y, con él, a la persona toda, porque el cuerpo no es un *objeto que se pueda usar a capricho*. Es la persona entera, vista desde una de sus vertientes. Por esta profunda razón, el cuerpo -el propio y el ajeno- merece un inmenso respeto, justo el mismo respeto que se debe mostrar hacia las personas.

3.3. Tercera cuestión

Después de oír el diálogo, seguramente la joven del programa televisivo se hubiera irritado menos. Hubiera comprendido que, si los seres humanos nos dejamos llevar de los instintos, quedamos a la deriva, porque nuestros instintos no están regulados, como lo están en los animales. Éstos hacen bien al dejarse llevar de los impulsos instintivos, pues, a través de ellos, la especie ordena su vida hasta el último pormenor.

En el hombre, si la inteligencia y la voluntad no regulan las apetencias de los instintos, éstos no saben hacia dónde orientar sus energías. El que sea egoísta y quiera poner tales energías a su servicio acabará convirtiéndolas en mera fuente de goces. Y, como la sensibilidad humana tiende a embotarse y pide cada vez mayores incentivos para conservar el mismo nivel de excitación, la inteligencia forzará más y más a la sensibilidad, que acabará perdiendo toda medida y control. De ahí los extremismos que se cometen frecuentemente, con grave daño del cuerpo y del espíritu.

Bajar al nivel animal sería una *desgracia* para el hombre, que perdería con ello su capacidad creativa, el poder de otorgar libremente a su conducta un pleno sentido y eficacia. Pero tendría la *ventaja* de contar con instintos seguros, instintos que garantizan la existencia propia y la de la especie. Con sus ventajas y sus pérdidas, esta posibilidad no se da nunca. El

hombre que se entrega a sus instintos no baja al nivel del animal, sigue disponiendo de la lucidez de la inteligencia y de la energía de la voluntad.

El peligro radica en que puede ponerlas a ambas -voluntad e inteligencia- al servicio de sus apetencias instintivas, causando daños que el animal nunca puede provocar. El hombre entregado a la tendencia elemental de dominar, pone la voluntad y la inteligencia a la tarea de planificar el exterminio de quien se le oponga a la satisfacción de tal tendencia. El hombre monta guerras. El animal no. De forma análoga, el hombre puede organizar una industria del sexo. El animal se limita a aparearse en los momentos de celo, fijados por la especie para garantizar su pervivencia. El hombre prepara a menudo bebidas que le agradan, por su sabor o su poder excitante, y se entrega al vértigo de la embriaguez. El animal se reduce a saciar su hambre y su sed. No convierte su avidez de beber y comer en una fuente inagotable de satisfacciones.

4. Cuestionario

1. Para ser feliz ¿hay que rehuir todo sacrificio y dedicarse exclusivamente a pasarlo bien?
Hacer sacrificios, ¿se opone a la felicidad?
2. ¿Sabe pensar con rigor el que afirma que los seres humanos *tenemos* un cuerpo y hemos de *disponer* de él según convenga a nuestros intereses?
3. La ética y la moral (expresiones de origen griego y latino, respectivamente, que designan la disciplina que regula nuestra conducta) dictan normas. Éstas -y las correspondientes prohibiciones-, ¿coartan nuestra libertad verdadera o la hacen, más bien, posible?
4. Los instintos son, en sí, algo bueno. Suponen una tendencia, una energía, una fuente de deseos. Dejarse llevar de los instintos ¿es bueno o es malo? ¿Colabora a nuestro desarrollo cabal como personas o puede llevarnos a conductas extremistas, descentradas y, por tanto, destructivas?
5. ¿Basta que una relación sea «íntima» en el aspecto corpóreo para poder ser considerada como *amor*? ¿No será, en muchos casos, pura *apetencia*? Distingue bien ambos términos.
6. Amor y pasión ¿se identifican? ¿Tiene que haber siempre pasión para que haya amor?

7. Tener relaciones sexuales sin verdadero amor, ¿no te parece que implica reducir al otro a *medio para los propios intereses*? ¿Resulta esta reducción menos envilecedora por el hecho de que sea recíproca?
8. Amar de verdad dignifica, eleva al amado y al amante. Reducir a otra persona a fuente de goce, ¿lo eleva o lo rebaja?
9. Amar es querer lo mejor para la persona amada. Si la instas a realizar una acción que la envilece, ¿dices la verdad cuando le declaras que la amas?
10. Buscar ganancias inmediatas parece una actitud espontánea, natural, auténtica, jugosa, libre. Proceder reflexivamente puede dar la impresión de algo poco natural, artificioso y calculador, envarado, no libre. Reflexiona sobre la relación que hay entre «ser reflexivo» y «ser libre». Si quieres aclarar bien esta cuestión, procura descubrir el nexo que media entre «ser reflexivo» y orientar la vida hacia un ideal muy valioso.

DIÁLOGO 2º

El proceso de creatividad o encuentro y el proceso de vértigo o fascinación

1. Introducción: cuatro cuestiones sobre el amor verdadero

1.1. Primera cuestión

Puede ser que en tus relaciones con amigos o amigas alguien te proponga hacer algo -cierto tipo de caricias o actos- que no te parecen justificados, aunque pudieran gustarte. *¿Sabes explicarle de forma precisa por qué no debéis hacerlo ahora aunque os parezca que os queréis mucho?*

Tú sabes que hay formas diversas de amarse. Ciertas formas de *amor* son muy egoístas y no debíamos aplicarles tal nombre. *¿Podrías distinguir con claridad las distintas formas que hay de quererse dos personas?* Cuando el amor es auténtico, porque es generoso, *¿qué modos de comportarse son los que muestran de verdad tal amor, y lo acrecientan?*

Es posible que tengas cierta dificultad en responder a estas preguntas. Muchos novios lamentan no saber hacerlo. Tienen una especie de sentido interior que les advierte que cierto tipo de acciones no son procedentes en su caso, pero son incapaces de razonar ese presentimiento. Esta incapacidad supone una ventaja para el amigo o amiga que desea realizar tales actos, porque, ante esa falta de razones claras y bien articuladas, se envalentona y proclama enfáticamente que se trata de «prejuicios religiosos», de «tabúes» ancestrales, de criterios pasados de moda. Estas expresiones no encierran el menor valor, son puramente huecas, pero impresionan mucho a los jóvenes, que, -por ley de vida- quieren ser «modernos», es decir, estar al día, pertenecer a su época e incluso a su generación.

Querido y joven amigo: sigue de cerca, como si participaras, el coloquio siguiente, y verás cómo se te aclaran las ideas y serás perfectamente capaz de dar razón de tu conducta y no te sentirás acomplejado ante la acusación de ser anticuado y guiarte por «prejuicios». Tú sabrás distinguir, como es debido, los «prejuicios» y los «criterios», que son algo bien diferente.

1.2. Segunda cuestión

Muy posiblemente piensas que dar afecto y recibirlo a través de ciertas caricias es algo bueno porque no hace daño a nadie y, por otra parte, lo agradable es un valor que nos ofrece la vida y debemos fomentarlo. Dime una cosa: *¿A qué tipo de afecto te refieres?* Porque sabes que hay diversos tipos, lo mismo que pasa con el sentimiento. No basta decir: «Yo tengo afecto a esta persona», «quiero mostrarle mi afecto»... Al hablar de *afecto*, puedes entender tal vez la satisfacción que te produce la compañía de alguien cuyas cualidades te encantan, pero cuya persona no te interesa profundamente. En ese caso, tener afecto a alguien significa, de hecho, que tú deseas complacerte una y otra vez con el halago que te producen tales cualidades: belleza, encanto, frescura juvenil, inteligencia, gracia.

Puedes replicar diciendo que no te sueles complicar demasiado las cosas. *Tener afecto a alguien* significa que te gusta tratarle, que te parece simpático, encantador, afable y lo estimas. Por eso, te encantaría manifestarle sensiblemente tu inclinación hacia él mediante gestos que indican intimidad, como besar, abrazar, o incluso tener contactos sexuales.

Todo ello es muy natural. Entra en la naturaleza del amor, visto como atracción hacia otra persona. Lo que sucede es que debemos pensar que a cada tipo de relación corresponde una

forma precisa de expresión. A un simple conocido no se le da un abrazo efusivo. Lo que corresponde, al verlo, es sencillamente saludarlo con un apretón de manos. Si es un amigo al que se trata poco, solemos darle un abrazo ligero, una palmada en los brazos o en los hombros. La *intimidad corpórea plena* sólo tiene sentido cuando se tiene *verdadera intimidad personal*.

¿Sabes, querido amigo, en qué consiste esta forma de intimidad? Reflexiona sobre ello antes de contestar. No es fácil medir el alcance de la intimidad personal. Implica mucho más y exige de nosotros bastante más de lo que solemos pensar y aceptar.

1.3. Tercera cuestión

Es muy posible que pienses que estoy complicando demasiado las cosas en lo que toca a las relaciones amorosas. Lo comprendo, porque desde niño estás viendo a diario en la televisión y en el cine, cuando no en la calle, que dos personas se encuentran, se gustan y, sin que apenas suceda nada entre ellas, comienzan a besarse apasionadamente, para entregarse luego a las relaciones sexuales plenas. A primera vista todo parece espontáneo, natural y fresco como una brisa marina. Pero, ¿lo es de verdad? Es una forma de reaccionar inmediata, impulsiva. Y ese tipo de impulsividad e inmediatez está lejos de ser el modo adecuado de actuar una persona. En unos minutos no se adquiere intimidad personal. Ni siquiera en días o semanas. *¿Tiene sentido iniciar una intimidad corpórea sin haber una amistad profunda y una decisión de compartir la vida?*

Me dirás, tal vez, que no siempre se procede con esas prisas. Ciertamente. A veces, unos jóvenes comparten en buena medida la vida, se tratan, congenian y, al cabo de cierto tiempo, deciden vivir juntos. Este acrecentamiento de la unidad parece, sin duda, un valor. Al hombre se le define como un *nudo de vínculos*, y su tarea principal en la vida es crear relaciones de convivencia. Puede uno estimar, en principio, que no hay nada malo en una vinculación afectiva tan intensa, que facilita la vida de unas personas carentes a menudo de afecto y compañía familiares.

Todo esto es verdad. Pero no debemos quedarnos ahí. *Cada valor remite a otros valores superiores y, en ocasiones, debemos renunciar a un valor inferior para ganar otro superior.* Ten en cuenta esto mientras vas siguiendo el diálogo.

1.4. Cuarta cuestión

Tú, Juan, quieres a María. Te gusta, te chifla estar con ella, besarla, acariciarla. Te encantaría tener con ella relaciones íntimas. Pero, *¿tendría sentido hacerlo?*

«Para mí -confiesa Juan- significaría mucho ese gesto íntimo. Disfrutaría mucho manifestando así mi amor».

Ah, querido amigo, no des por hecho que tener relaciones sexuales es la forma más adecuada de manifestar el amor a la persona a quien dices amar. ¿No es posible que quieras hacerlo porque te gusta y sacia tus apetitos? Si reduces el amor a la saciedad de un impulso, ignoras lo que es el amor auténtico. Procura grabar la idea de que el amor es mucho más que un desahogo, aunque también implique esto. Si empieza uno por ahí -por el deseo de saciar un impulso-, corre riesgo de pensar que, al conseguirlo, ya es perfecto el amor, y deja sin hacer todo el inmenso trabajo de maduración del mismo.

¿No crees que es un desperdicio quedarte a medio camino? Esto sucede a menudo, porque tenemos la tendencia a aferrarnos al primer valor que encontramos, el que está más a mano, el que se nos ofrece de forma inmediata. Es una tremenda miopía no ver más allá, no adivinar que todo valor nos abre los ojos para descubrir otros valores más altos, y con frecuencia debemos renunciar al valor primero para lograr los que se nos revelaron después.

2. Coloquio

Belén. En la conversación anterior vimos que *todos queremos ser felices*. Esto estaba muy claro. En cambio, no estaba tan claro *el camino que debemos seguir para alcanzar la verdadera felicidad*. Si yo os preguntara qué significa para vosotros ser felices, ¿qué me diríais?

Pablo. En principio, parece que uno es feliz cuando *lo pasa bien*. Y pasarlo bien supone tener sensaciones agradables.

Alberto. Tener una sensación placentera implica una *ganancia inmediata*. Tienes algo en la mano, algo que te satisface.

Ana. Y esa satisfacción tiene un valor innegable.

Belén. Naturalmente. Ya lo vimos el día anterior. Pero la cuestión está en saber si para ser felices de verdad basta quedarse en ese valor de lo agradable, que es el primero que percibimos y el que sin duda más nos atrae.

Mónica. De hecho, la opinión pública parece inclinarse hoy día hacia el criterio de que la felicidad consiste en acumular sensaciones placenteras, concederse todos los goces posibles, sin ocuparse de otra cosa. Recordad ese folleto, que ciertas autoridades nos regalaron a los colegiales hace unos años, donde se nos dice: «Todas las personas tenemos inclinaciones

afectivas y sexuales hacia las demás personas. También hacia las de nuestro sexo. Pero los prejuicios sociales nos hacen creer que esto es antinatural... Aceptar que te atraen, quieres o te gustan personas de tu mismo sexo no es un delito, es un derecho de cada uno, de cada una, de todos...». «Derecho a disfrutar de tu cuerpo, de tu sexualidad y de tu vida»¹⁶.

Belén. Conozco ese escrito. Pero dime una cosa. Esas autoridades les dicen eso a los niños y jóvenes para que sean felices, ¿no es así?

Mónica. Es de suponer.

Belén. Pues debieran haberlo pensado dos veces antes de hablar de esa forma. Un día estábamos en una tertulia radiofónica hablando de estos temas dos jóvenes, un psiquiatra, un profesor de filosofía y yo, como representante de una asociación juvenil. Cuando abrimos los micrófonos al público a través del teléfono, pidió la palabra un hombre joven y dijo literalmente lo siguiente:

«Miren, yo quisiera hacerles la siguiente consideración, de mi experiencia personal. Tengo cuarenta años. Cuando tenía pocos años, cuando era un adolescente, comencé a tener problemas de sexualidad, entre otras cosas porque mi familia era un poco especial; no tenía madre, mi padre estaba casado en segundas nupcias y yo comencé a tener problemas de sexualidad, que no pude encauzar, y a aficionarme a la pornografía y, un poco más adelante, cuando se inició el cambio político, me empecé a dejar influir por el ambiente que decía que había que ser liberales, que había que dejar de ser retrógrados y cosas de esas. Total, que comencé a tener grandes problemas; el problema más gordo que tengo es que en los últimos años comencé a ir por caminos de homosexualidad y ahora tengo VIH (sida). Hace unos años empecé a sentir fiebre y ahora el médico me dice que tuve una neumonía... Y ayer me comunicaron que tengo una encefalopatía y atrofia cerebral... O sea, me siento, lógicamente, como un barco que acaba su aventura embarrancado.

Lo que sucede es que las consecuencias físicas, que por desgracia serán posiblemente mortales, aunque me siento relativamente bien, no me importan tanto. Lo peor es que tengo la frustración de que me han timado. O sea, de que el timo de la estampita no es absolutamente nada en comparación a todos estos señores que van de progres en la vida... Yo recuerdo, porque recibí una educación religiosa, que hay una frase evangélica que dice: "No temáis a los que os quitan la vida del cuerpo, sino sobre todo a los que os quitan la vida de Dios". A mí me han quitado la vida del cuerpo, pero la otra creo que, gracias a Dios, la he recuperado bastante desde que me dijeron que tenía VIH».

Ana. Es un testimonio impresionante.

¹⁶ Cf Consejería de Sanidad y Consumo de la Generalitat Valenciana, *Anticoncepción y sexualidad para jóvenes*, (Valencia 1987) 23.

Alberto. ¡Sí! Este buen hombre no parece haber encontrado la felicidad por el camino que le indicó la propaganda. Creyó ser libre al entregarse a ese género de vida desinhibido, liberado de toda norma, pero poco tardó en advertir que había cometido un error tremendo. Lo malo es que fue demasiado tarde para él.

Mónica. Pero vamos a ver. ¿Se podía haber previsto a tiempo que le iba a pasar eso? Porque lo importante es saber a qué atenerse...

Belén. Naturalmente que podía haberse previsto. Y tal poder previsor es importantísimo tenerlo. Ese joven vivió un proceso de *vértigo*. Vamos a ver sus diferentes fases. En principio se sintió encandilado por una promesa. Le prometieron que, si se lanzaba a una vida de amor libre, sería feliz, viviría a tope, no tendría barreras que frenaran su pleno desarrollo como persona. Pensad conmigo esto: ¿cómo es posible que un joven normal, como sin duda lo es esta persona, se haya dejado arrastrar por semejante promesa?

Pablo. La verdad es que actualmente la mayoría de las personas piensan que ser libre es poder realizar todo lo que le apetece a uno. Si yo quiero salir, comprar algo, asistir a espectáculos, hacer un viaje, relacionarme con otras personas de la forma que me gusta..., y puedo hacerlo, me siento totalmente libre.

Alberto. Y, si alguien te impide llevarlo a cabo, ¿qué piensas?

Pablo. Que no me deja ser libre.

Alberto. Y ¿no has pensado nunca que, a lo mejor, al impedirte satisfacer esa apetencia está favoreciendo tu *auténtica libertad*?

Pablo. No. Yo veo todo esto de una forma muy radical: si alguien me impone normas o criterios que yo no he elaborado, me está impidiendo ser libre.

Belén. Ciertamente. Te quita libertad. Pero, ¿qué tipo de libertad? Porque no te quita *toda* tu libertad. No te permite tener *libertad de maniobra*, es decir: la capacidad de actuar en cada momento a tu antojo. Pero ésta no es la única forma de libertad. Fíjate en lo que le pasó al joven que oímos antes. Hizo lo que quiso en cada momento. Le apeteecía y se entregó a ello creyendo que era *plenamente libre*. Pero luego se vio frenado en seco, sin posibilidad de llevar una vida normal. Seguramente, al principio sintió euforia y exaltación; pensó que estaba alcanzando una rápida y conmovedora plenitud personal. Pero todo fue una ilusión. El tipo de relaciones

«amorosas» (entre comillas) que iba estableciendo sólo tenían por meta saciar las propias apetencias. No significaron un auténtico encuentro personal. Y nosotros sabemos muy bien que para encontrarnos con alguien en sentido riguroso nos tenemos que dirigir a él *como persona*, no como un mero *conjunto de cualidades*¹⁷.

Pablo. Bueno, pero con las personas nos relacionamos a través de las cualidades, sobre todo las atractivas.

Belén. Naturalmente. Pero las cualidades son cualidades *de una persona*. En cada una de ellas está manifestándose una persona. Y a la persona es a la que hay que querer, no sólo al agrado que nos puedan producir algunas de sus cualidades. Si sólo amo tus cualidades, no me encuentro contigo. Y si no me encuentro, no actúo como persona, no me desarrollo como persona, porque vivir personalmente es *vivir abierto a los demás*, crear vínculos con ellos, como decía el *Principito*, ¿recuerdas?

Pablo. Sí, fue el zorro el que se lo explicó. Pero, ¿qué tiene que ver esto con el vértigo?

Belén. Muchísimo. Fíjate. Cuando uno sólo se preocupa de acumular goces y no se *encuentra* de verdad con nadie, queda bloqueado como persona, se estanca, no crece. Y esto produce una insatisfacción interna tremenda, porque *crecer es ley de vida*. El que se estanca va contra su propia naturaleza. No puede estar contento interiormente, ni sentirse a gusto, bien afirmado en su ser. Se ve vacío de cuanto necesita para desarrollarse y ser una persona auténtica. Lo que necesita es, ante todo, *encontrarse con los demás*. No sólo tomarlos como *objeto de complacencia*.

Si se asoma a ese vacío interior, siente *vértigo espiritual*; de forma parecida a como siente *vértigo fisiológico* si sube a una torre muy alta y mira al suelo. A esa forma de vértigo espiritual la llamamos *angustia*. A los seres humanos nos angustia de manera especial no encontrar el verdadero camino para nuestra realización. Hoy hablamos mucho los jóvenes de «realizarnos». Está muy bien. Pero debemos descubrir *de qué forma* podemos conseguirlo. La ciencia actual nos dice que la única forma es *encontrarnos*. El que es egoísta y sólo busca lo suyo, su satisfacción individual, acaba quedándose solo. Tengamos en cuenta que *encontrarse*, en sentido riguroso, significa entreverar dos vidas, ayudarse, crear unidad, ofrecerse posibilidades para actuar con pleno sentido. Encontrarse no se reduce a avecindarse, estar cerca

¹⁷ Este importantísimo tema del encuentro es analizado ampliamente en A. López Quintás, *El amor humano. Su sentido y su alcance*, o. c., 95-111.

y realizar algunas acciones en común. Implica entrar en juego mutuo dos personas, comprometerse en tareas comunes, «mirar juntos en una misma dirección valiosa»¹⁸.

Ana. En realidad, lo más impresionante del testimonio del enfermo de sida es ver que todos lo dejaron solo.

Alberto. Pero esto era de prever, porque él no había creado ningún vínculo, ninguna relación auténtica de amor, relación estable y generosa.

Belén. Y esa soledad nos destruye, hace violencia a nuestro ser más auténtico, a nuestros anhelos más profundos, y es por eso fuente -a su vez- de violencia. Todos conocemos obras cinematográficas en las cuales se une el ejercicio de la sexualidad con la extrema violencia. ¿Cómo es posible esto?

Alberto. Es posible porque, cuando uno es egoísta, no ama propiamente a la otra persona, sino al halago que le produce su presencia física, es decir, su cuerpo y sus cualidades apetecibles. Reduce la persona a la que dice amar a *mero objeto apetecible*. Y esa reducción es violenta, porque hace violencia al modo de ser de la persona afectada.

Pablo. Bueno. Pero estáis exagerando un poco, me parece. No siempre pasa eso con el erotismo. En muchos casos es sumamente grato y dulce, incluso tierno. Y la ternura es lo contrario de la violencia. El enfermo cuyo testimonio hemos oído tuvo mala suerte. Contrajo el sida y se le destrozó la vida. Pero otras muchas personas viven una vida erótica serena y regocijante. La relación erótica, aunque no implique el compromiso de fundar vínculos estables y, por tanto, un hogar, *otorga afecto*. Cuando nos relacionamos eróticamente nos damos cariño, aunque no asumamos grandes compromisos. Vivimos el momento con plenitud. Y eso tiene también un valor *personal*.

Alberto. En un aspecto tienes razón. Nuestra sensibilidad va unida siempre a nuestra persona y, por superficial que sea nuestra actitud respecto a los demás, toda sensación es siempre propia de nuestro ser, que es personal. Cuando dos personas se relacionan de tal forma que se dan gusto, se crea entre ellas una atmósfera de encanto, de deliciosa colaboración. Uno parece sentirse muy unido al compañero de juego. Por eso con frecuencia le jura amor eterno. Pero, ¿se trata de *amor*, o todo se reduce a mera *efusividad sentimental*?

¹⁸ «Amarse no es mirarse el uno al otro, es mirar juntos en una misma dirección», cf. A. de Saint-Exupéry, *Tierra de los hombres*, (Círculo de Lectores, Barcelona 2000) 178. Versión original: *Terre des hommes*, (Gallimard, París) 234-235.

Pablo. ¿Y cómo podríamos distinguir ambos sentimientos?

Alberto. Como se distinguen los árboles: por sus frutos. Mira. Si yo digo que amo a una chica porque me apetece y sacia mi deseo de obtener sensaciones placenteras, pero no la amo *como persona, más allá de sus cualidades*, cuando encuentre otra chica que me llame más la atención, que me encandile más, dejaré a la primera sin contemplaciones, porque mi meta en la vida no es tanto crear vínculos personales y serles fiel cuanto darme gusto, acumular sensaciones gratas. Este comportamiento cruel indica que yo no tenía *amor personal* a esa chica y, cuando le juraba amor eterno, mentía como un bellaco. La consecuencia de tal mentira es una tremenda decepción para la chica abandonada. Decías que el erotismo es tierno. Lo parece, sin duda. Pero lleva dentro el germen de la violencia. Debemos convencernos de una cosa: *sin generosidad no hay garantía alguna de que el amor sea auténtico*. Y si no lo es, no hace sino engendrar amarguras, porque las personas, cuando empiezan una relación amorosa, se ilusionan, se figuran que es el comienzo de una vida de relación valiosa, duradera, y el golpe es tanto más fuerte cuando se observa que no se ha creado ningún vínculo firme, sino que uno ha sido tomado como un pasatiempo.

Ana. Para hacerme una idea clara de todo esto, quiero preguntarte una cosa. Cuando Don Juan seduce a una mujer, lo hace con halagos, con promesas, con el encanto de su presencia. La joven fascinada por el seductor pasa un rato agradable con él. Suponte que Don Juan no fuera tan voluble y que continuara esa relación gratificante, sin llegar a ningún compromiso matrimonial. ¿Podríamos decir que actuaba *violentamente*? No lo creo. Daba afecto y lo recibía. Y llenaba de ilusión dos vidas, la suya y la de su compañera ocasional.

Alberto. Tú has dicho bien: «¡Suponte!». En efecto, son suposiciones. No realidades. Tirso de Molina, que era un genio literario, un hombre muy penetrante, supo ver esta cuestión de forma certera. Vio que Don Juan era un *hombre de sensaciones*; tenía como meta procurarse sensaciones fuertes, excitantes, agradables. Pero la sensibilidad sabemos que se embota con la repetición, y lo que hoy te encandila y excita te deja indiferente dentro de algún tiempo; entonces tienes que cambiar los estímulos o incrementarlos para seguir gozando de sensaciones vivas. Por eso el hombre de sensaciones es un hombre *voluble*. Su propósito es cambiar, a fin de mantener un cierto nivel de excitación. Cada persona que trata no es para él sino un *medio para este fin*. Por eso es implacable, duro, cruel incluso con las mismas personas a quienes declara amor incondicional. Es falso e ingrato. Va a lo suyo sin el menor miramiento. No se encuentra con nadie. Se cava su propia fosa como persona. Al darse cuenta de ello, siente desesperación. *Desesperarse* es tener una conciencia clara y amarga de haber errado el camino, de haberse

cerrado todas las puertas hacia la propia realización como persona. Recuerda cómo Don Juan, «el burlador de Sevilla», no se encuentra con nadie, ni siquiera con su fiel criado, Catalinón, que se muere de miedo continuamente, pero su amo no le presta oídos cuando le suplica que no corra tan peligrosas aventuras. Esa falta de encuentro lo vacía totalmente, lo asfixia como persona. En lenguaje religioso, esta asfixia destructora se llama «condenación».

Ana. Sí, esto sucede con el Don Juan de Tirso de Molina. Pero Zorrilla acaba salvando a Don Juan a través del amor de Doña Inés. Aquí el vértigo parece que no da lugar a la destrucción de la personalidad, sino a su perfecto desarrollo.

Alberto. ¡Ah! Este es un tema muy importante. La atracción que siente Don Juan hacia Doña Inés no es un vértigo, sino todo lo contrario: es una forma de amor personal, que nos eleva a lo mejor de nosotros mismos y que debemos llamar *éxtasis*.

Tienes razón al decir que, en su obra *Don Juan Tenorio*, Zorrilla hace que el seductor Don Juan se salve al final por intercesión de la novicia Doña Inés. Pero se salva precisamente porque, una vez al menos en su vida, dejó el camino del vértigo para encaminarse por la vía del éxtasis o del encuentro. Recuerda que Don Juan cambia su actitud frívola cuando conoce a Doña Inés. Con ella no quiere jugar a amante, para luego burlarse de ella, como solía hacer con las demás jóvenes. Le manifiesta al padre de la novicia que ahora va en serio, que quiere comprometerse en una forma de amor estable, fecundo, generoso. Indicar al final de la obra que Don Juan se salva merced al amor de Doña Inés significa que la práctica del amor verdadero nos hace crecer como personas, desarrollarnos, ser como debemos ser, realizar nuestro auténtico ideal de personas.

Mónica. Sí, pero decidme una cosa: ¿cuál es nuestro ideal como personas? Antes dijo Belén que uno se entrega al vértigo cuando toma como ideal o meta en la vida el acumular sensaciones agradables. Ahora Alberto acaba de aludir al ideal *auténtico* de nuestro ser como personas. ¿Podemos saber a ciencia cierta cuál es nuestro verdadero ideal? ¿Está escrito en algún sitio?

Belén. En ciertos textos está *escrito*. Y además está *inscrito*, grabado en nuestra sensibilidad de hombres. Cuando nos unimos a los demás de forma generosa y les hacemos bien, nos sentimos de verdad felices. Tenemos la sensación de estar en verdad, de ajustarnos a nuestro verdadero ser. Te contaré una anécdota. Un grupo de jóvenes acostumbrados a veranear en lugares de moda y no carecer de nada pasaron parte de sus vacaciones en una aldea de Castilla haciendo el bien a sus sencillas gentes: enseñando a leer a los que tenían dificultad en hacerlo, acompañando a los ancianos, dando sencillas lecciones de pediatría a las madres y otras labores semejantes. Al final, varios me comentaron: «Mira qué cosa más extraña. No teníamos apenas nada: ni playa, ni

motos, ni discotecas, y estábamos felices». Yo les dije que no era nada raro. Que podía haberse previsto, porque lo que habían hecho era, sencilla y llanamente, una experiencia de encuentro, y ésta lleva consigo alegría, paz, júbilo festivo. Encontrarse es siempre una fiesta, por duras que sean las circunstancias en que se lleve a cabo.

Alberto. Pero lo curioso es que hoy día la ciencia más cualificada y la mejor filosofía y antropología, todas las disciplinas que estudian al hombre confirman esa experiencia. La biología, por ejemplo, nos dice que el hombre es «un ser de encuentro», que vive como persona, se desarrolla y perfecciona como tal cuando se encuentra con otras realidades, empezando por la madre, el padre y los hermanos y siguiendo con el colegio, el pueblo, el nuevo hogar que uno funda, etc.

Mónica. Bueno, pero aplicadme todo esto al caso concreto de unos jóvenes; unos que se aman de verdad y otros que creen hacerlo, pero de hecho están entregados al vértigo.

Belén. Respecto al primer caso, el del amor verdadero -que es el amor personal-, te contaré un caso que sucedió en Madrid recientemente. Julio y Carmen eran novios desde muy jóvenes. Julio era considerado ya como de la familia de Carmen, y viceversa. Esperaban a tener una colocación para casarse. Pero un día los familiares de Carmen descubrieron que ésta padecía una enfermedad cerebral incurable. Según los médicos, su plazo máximo de vida es de veinticinco años y en cualquier momento puede quedarse paralítica, ciega o perder la memoria... Se lo dijeron al novio, y le indicaron que actuara con absoluta libertad en cuanto a seguir con Carmen o dejarla. Julio no dudó un instante: «Carmen es mi novia -dijo con firmeza-. Y yo voy a compartir la vida con ella, en la salud y en la enfermedad». ¿Qué te parece? Este chico amaba a su novia *como persona*, no como mera fuente de gratificaciones para él. Sin duda, se había *encontrado* con ella. Y este encuentro es garantía de que el amor perdure, porque hace surgir constantemente nuevos motivos de amarse.

Alberto. Un ejemplo de amor no auténtico, que lleva al vértigo, es el de la joven que aparece en una película de Ingmar Bergman, *El silencio*. Encuentra a su hermana y le dice, con toda viveza: «¡Oye, fíjate qué estupendo! Tengo relaciones íntimas con un extranjero y, como él no sabe mi lengua y yo tampoco la suya, no podemos hablar». ¡Es increíble! Ha dicho que esta incomunicación es *estupenda*. ¿Por qué lo piensa así? Sin duda porque quiere relacionarse con el joven en el mero *nivel corpóreo*, el nivel de las meras sensaciones. En cuanto se habla, es muy difícil no poner la propia persona en juego y no dirigirse a la persona del otro, y con ello -ya se sabe- surgen los afectos profundos, los vínculos personales, los compromisos. Su amor era *puro erotismo*.

Pablo. Acabas de pronunciar una vez más la palabra «erotismo». No quiero que termine nuestro coloquio sin que nos digáis qué significa exactamente el erotismo. Se trasluce de vuestras palabras que para vosotros dos el erotismo es un tipo de relación humana inferior al amor personal. Pero, ¿qué significa exactamente?

Alberto. Haces bien en preguntarlo. Si se supiera bien lo que es, no se haría tanta propaganda en su favor. Mira. El amor conyugal, cuando se vive plenamente, tiene varios aspectos: la *sexualidad*, con lo que encierra de atracción hacia otra persona y de halago sensorial y psicológico; la *amistad*, como vínculo estable entre dos personas, que se comprenden y se ayudan mutuamente; la *proyección comunitaria* del amor, que por ser personal tiende a crear vida comunitaria, es decir, un hogar; la *fecundidad* del amor, que está llamado a incrementar la unidad entre los esposos y a dar vida a nuevos seres. Estos cuatro aspectos deben estar muy vinculados entre sí, formando una estructura sólida. Volvamos al principio. ¿Qué es el erotismo? Es desgajar la sexualidad, tomarla como un medio para obtener gratificaciones y dejar de lado los otros tres aspectos: la fundación de amistad, la creación de un hogar, el incremento de la unidad entre los esposos y la donación de vida a nuevos seres.

Mónica. Visto así, se comprende que el erotismo sea violento, aunque parezca tierno, porque reduce algo tan íntimo como la sexualidad a mero instrumento de goce. Instrumentaliza a la otra persona, la reduce de rango. Esto lo veo bien. Pero, ¿qué relación tiene el *erotismo* con la *pornografía*, si tiene alguna?

Alberto. La pornografía consiste en mostrar al público acciones humanas que sólo tienen sentido en privado y exhibir partes del cuerpo humano que están relacionadas con tales acciones. Este tipo de exhibiciones se realizan por el afán de conseguir sensaciones fuertes. Otra vez se *reduce* algo tan propio de la persona como es una relación íntima -en la que uno se entrega a otro- a medio para conseguir un fin ajeno a ello. Ese *rebajamiento* es injusto porque supone un envilecimiento.

Belén. Advertiréis que se está considerando de nuevo lo agradable como una meta. Ahora comprendéis por qué en el primer coloquio destacamos que lo agradable es un valor, ciertamente, pero no el supremo. Es detector de valores más elevados. Y el equilibrio espiritual lo conseguimos cuando no nos quedamos en el primer valor, sino lo conjugamos con los otros a los que remite. Eso solemos hacer con el valor del gusto en la comida o bebida. Lo vemos en relación al valor que tiene el cuidar la salud, que implica un valor más alto. Excederse en comer y beber porque se considera como una meta en la vida dar gusto al paladar resulta insensato,

pues supone destruir un valor elevado por lograr otro más bajo y elemental. Este exceso implica un grave desequilibrio en nuestra vida. Ya dijimos que nuestros instintos no están autorregulados. Si no los regulamos con la fuerza que nos viene del auténtico ideal, podemos caer en desequilibrios y excesos muy graves.

Mónica. ¿Por ejemplo? Indícame algunos casos de tal desequilibrio y de sus consecuencias.

Belén. Ese será justamente el tema de nuestro próximo coloquio. Hoy vamos a terminar éste considerando uno de los frutos del encuentro: la superación de la soledad. Veamos cómo terminó la confesión del enfermo de sida:

«Yo observo una cosa, y es que las personas "retrógradas" (entre comillas) son las que de verdad ayudan a las personas caídas. Yo ahora no podría ser abortista: a mí me tratan en el Instituto Carlos III de Madrid y veo a las religiosas, a las Hijas de la Caridad, que cuidan a sus enfermos como auténticas madres. Ellas son las que me han comunicado que tengo ahora una encefalopatía. Sin embargo, observo a muchos compañeros que se han muerto ya de VIH y no han tenido mi suerte de tener fe desde pequeños. He visto a compañeros homosexuales a los que se les ha acelerado mucho la muerte, víctimas de una desesperación porque no veían sentido a su vida. Desde que ya no podían hacer uso del sexo, me ha dado la impresión de que había chavales que decían: "Esto ya no tiene sentido". A mí una de las cosas que más me sublevan contra la sociedad es, en el tema del VIH, que ponen como remedio el preservativo o, respecto a los drogadictos, cuya muerte es terrible, una jeringuilla limpia, nueva. Tengo la impresión de que eso es un auténtico crimen, porque al hombre hay que darle unos valores diferentes. Yo, gracias a Dios, he encontrado en los últimos años en mi vida gentes que ayudan. No materialmente, que no lo necesito. Recuerdo la parábola del hijo pródigo. Este podía tener el sida, pero se levantó y volvió a la casa del padre. Me pregunto: si a un chaval que está tirado por la calle le dan una jeringuilla nueva, ¿no es el último crimen de una sociedad que deja tirada a la gente luego en la porquería? En Madrid, por ejemplo, hay nueve camas para atender a enfermos terminales de sida. Son de Cáritas. Por cierto que no se puede decir dónde están, porque la sociedad se sublevaría y echaría al grupo de religiosas que los cuidan».

Mónica. ¡Es impresionante! La religiosa nunca le hubiera recomendado al joven que se entregara al amor libre, porque es una forma de vértigo. Pero cuando lo ve ante sí desvalido, desamparado, tal vez despreciado incluso, no duda en ayudarlo con afecto, lo cual es un modo de encuentro. Y el enfermo descubre en el encuentro *la verdad*. Eso es lo auténtico, lo que da sentido a la vida y, por tanto, esperanza incluso en las circunstancias más duras.

3. Comentario a las cuestiones de la introducción

3.1. *Primera cuestión*

Si no sabes dar razón cabal de tus convicciones acerca del amor, es fácil que acabes cediendo a las proposiciones, ruegos y astucias de tu amigo o amiga. Uno, cuando quiere algo, se vuelve insistente y recurre a mil argucias. «Dices que me quieres, pero te niegas a manifestármelo -le dice Juan a María (y bien podría ser a la inversa)-. Estás llena de prejuicios, eres rígida y estrecha de criterio. Seguro que todas tus amigas lo están haciendo, y nosotros aquí como bobos, presos de mil tabúes. No has superado la generación de tu abuela...».

Este «razonamiento» es muy elemental y primitivo, pero resulta contundente en la vida diaria, sobre todo por el temor a hacer el ridículo ante los demás. Su fuerza persuasiva sólo queda neutralizada si tienes una buena formación y superas el temor al lenguaje manipulado. Basta saber con cierta aproximación el vínculo que hay entre afecto, cariño, amor, compromiso personal, intimidad..., para que las razones de Juan pierdan todo valor, resulten frívolas e inconsistentes.

A veces, para mantenerse al margen de las relaciones sexuales plenas, se recurre al temor a las consecuencias que puedan seguirse: embarazos no deseados, transmisión de enfermedades venéreas, el temido sida... Para superar este escrúpulo, se han apresurado ciertas «autoridades» a proclamar que los preservativos son un remedio seguro. Hoy sabemos que se trata de una falsa seguridad. Pero no siempre los jóvenes están bien informados y tienen presente en cada momento la escasa información de que disponen. Ello los lleva a agarrar el pájaro en mano de una relación placentera y dejar en el aire el pájaro volando de un presunto peligro.

Conviene, por ello, apuntar más alto, no intentar sólo evitar los inconvenientes, sino lograr la plenitud del amor bien entendido.

3.2. *Segunda cuestión*

Una vez que has descubierto la grandeza del amor personal, te resulta fácil comprender lo que es e implica la «intimidad personal» y el sin sentido que supone precipitar la intimidad corpórea sin esperar a que madure la intimidad entre las personas. «Pero yo tengo ya intimidad personal con mi novia y puedo tener relaciones sexuales con ella», me decía en un coloquio universitario un joven muy avisado. «¿A ti te gusta tu novia?», le pregunté. «Mucho, me encanta, me parece guapísima». «Figúrate por un momento -agregué yo- que por un accidente o una enfermedad tu novia pierde la belleza, se deforma; ¿seguirás queriéndola como ahora?». Se quedó callado. «Si no dices nada, hablaré yo por ti -le indiqué-. Todavía no la quieres como persona. Quieres el

halago que te producen sus cualidades. Porque, si la quisieras como persona, más allá de las cualidades, hubieras respondido automáticamente que mi pregunta te ofende. Que tú la quieres y estás dispuesto a compartir con ella la vida en cualquier situación, en la salud y en la enfermedad, en las alegrías y en las penas...».

Sin querer, me salió la fórmula del compromiso matrimonial. Querer a una persona como persona es hallarse *dispuesto a comprometerse con ella*. Mientras no se da expresamente el compromiso, no hay garantía absoluta de tal forma de querer y de la «intimidad personal» correspondiente.

3.3. Tercera cuestión

Es una verdadera calamidad, un desastre cultural, el tratamiento que suelen dar los medios de comunicación al tema del amor. A juzgar por lo que se lee, ve y oye en ellos, las relaciones amorosas parecen un mero pasatiempo, una reacción irreflexiva a la primera impresión que una persona produce. Se habla de «hacer el amor» con la misma ligereza con que se invita a beber un vaso de cerveza, comer un estofado o dar un paseo. La conmoción sensible y psíquica que implica el acto sexual es tomada como una mera fuente de satisfacción y desvinculada de la fundación de modos valiosos de unidad y, sobre todo, de la creación de nuevas vidas.

Resulta cómico observar los esfuerzos que se hacen para mostrar que el acto sexual no tiene nada que ver con la procreación y el amor personal, comprometido y creador. Es una empresa vana, porque todo gesto amoroso está de por sí orientado hacia la realización adecuada del acto procreador. Empeñarse en desgajar el acto sexual y su condición placentera del amor personal y la tarea procreadora es tomar un medio como una meta y privar de pleno sentido a un acto humano sumamente delicado.

Por lo demás, esa expresión -de origen francés- «hacer el amor» es desdichada. El amor se crea, surge entre dos personas, pero no se hace. Se hacen sillas, mesas, carreteras... Pero no el amor. El amor, una vez que surge, inspira ciertos actos y los impulsa y les da sentido. Pero el amor no se hace. ¿Cuál es la razón de que se utilice profusamente una expresión tan impropia? Que se toma el amor como algo que depende de nuestra voluntad y está ahí para ser tomado o dejado a nuestro arbitrio. Si confundimos amor personal y mero erotismo, éxtasis y vértigo, amor y excitación, naturalmente cabe hablar de «hacer el amor», porque la excitación se la puede provocar, es decir «hacer» que se produzca. Pero el amor está mucho más allá, en un nivel más elevado que toda excitación y embriaguez de los sentidos.

Cuando uno llega a comprender la riqueza que tiene el amor bien entendido, siente una gran desazón al observar cómo se lo banaliza sistemáticamente en los medios de comunicación social. Figúrate que una persona muy sensible para la música observara que todos los intérpretes, por falta de técnica y musicalidad, falsean las obras, no les dan el sentido adecuado,

ofrecen unas versiones penosas, miserables. Se echaría las manos a la cabeza y exclamaría indignado: «¡Esto es un crimen de lesa cultura! Qué idea tan mezquina va a tener la gente de Mozart, de Brahms, de Debussy...».

Algo semejante pasa hoy con el tema del amor. La idea que se está dando de él no es sólo pobre sino ruin. Se reduce el amor a producto de consumo y las personas a meros clientes. Para los «medios», los espectadores y lectores nos reducimos a mera «audiencia», y su meta es aumentar ésta a cualquier precio. Cada uno de nosotros es considerado como un número de tal audiencia. A fin de atraernos se nos halaga, presentándonos el amor como algo a nuestro alcance, fácilmente dominable y manejable, como un oso de peluche que podemos tomar y dejar a nuestro arbitrio. No nos engañemos. Ese halago va unido con la extrema violencia de la manipulación.

3.4. Cuarta cuestión

Hay quienes piensan que es insensato quererse y no manifestarlo enseguida con la intensidad de las relaciones sexuales. Pero no explican de qué tipo de «querer» se trata. Si *querer* significa sólo *apetecer eróticamente*, parece lógico que se desee llegar cuanto antes a tales relaciones, que suponen la saciedad del impulso.

Querer puede aludir a sentir afecto por alguien. Pero la afectividad también es muy variable. Puedo sentir afecto hacia alguien y no tener el menor interés ni la menor voluntad de fundar una relación estable y comprometida con él.

Por eso conviene tanto que cada uno se aclare a sí mismo qué intenta de verdad cuando inicia unas relaciones amorosas: ¿pasarle bien con una persona?, ¿obtener de ella el mayor número de satisfacciones posible?, ¿prestarse una ayuda mutua en diversos aspectos? Si sólo se pretende conseguir esto, la relación viene a ser un *canje de intereses*, más o menos elevados.

Es muy distinto si uno quiere establecer con esa persona una relación perdurable, sólida, que le ayude a desarrollarse plenamente como persona. Este tipo de relación se da en un nivel superior. En éste, la tarea principal del noviazgo no consiste en ir consiguiendo alguna que otra complacencia, sino aprender a ser creativos en común, crear modos de verdadera unidad, saber sacrificarse para conseguir fines elevados, acompasar el ritmo.

El que persiga esta meta se percatará pronto de que no es buen modo de expresar el amor a una persona empeñarse en tener con ella relaciones sexuales, porque éstas encrespan el egoísmo, ya que los placeres biológicos son comunicables, aunque sean compartibles. Al buscar sólo el propio placer, se acrecienta la tendencia a ir a lo suyo egoístamente. Y el egoísmo rompe la unidad entre las personas. En el noviazgo conviene hacer todo cuanto suscita generosidad y evitar lo que aviva el egoísmo.

Pensar que teniendo relaciones sexuales vas a querer más a tu pareja es una vana ilusión. Si la unión corpórea no responde a un amor plenamente personal, es fácil que uno se sienta mal consigo y con el otro, porque siente o presiente que ha habido un abuso, que se ha usado mal del propio cuerpo y del de la persona a la que se dice amar. Este abuso constituye una manipulación, un envilecimiento, que quebranta la dignidad personal y amengua al máximo el aprecio mutuo, con lo cual se anula el amor verdadero. En cuanto falle la atracción física en alguna medida, se declarará que «ya no hay amor» y sobrevendrá la ruptura.

No olvides nunca esto: *amar de verdad significa fundar modos elevados de unión. Esta labor creadora exige una actitud de generosidad, y ésta debemos cultivarla esforzadamente, ya que de natural tendemos más bien al egoísmo.*

4. Cuestionario

1. La sexualidad humana, ¿se reduce a *genitalidad*? En caso negativo, ¿qué es lo que debe implicar además?
 2. ¿A qué se deberá que la sexualidad, cuando se ejercita con independencia del amor personal, suele ir unida con el abuso del alcohol e incluso, en casos, de las drogas?
 3. Indica algunas formas de mostrar el amor a una persona que no implique relación sexual alguna.
 4. ¿No te resulta extraño que en tantas películas y novelas vaya unido el ejercicio fácil de la sexualidad puramente genital con diversos tipos de violencia? ¿A qué responde esta extraña mezcla de violencia y sexo? ¿No se afirma constantemente que el erotismo es tierno? Explica cómo es posible la contradicción de que vaya unido, en casos, a la violencia.
 5. El hombre, mediante su inteligencia, puede separar la sexualidad y el amor. Se afirma a veces:
 6. que la finalidad de la inteligencia es realizar esa escisión,
 7. que la inteligencia está llamada, más bien, a conceder al instinto sexual el largo alcance y el sentido elevado que le confiere el amor personal.
- ¿Cuál de ambas interpretaciones te parece más profunda y enriquecedora para el hombre?
- a) que la finalidad de la inteligencia es realizar esa escisión,
 - b) que la inteligencia está llamada, más bien, a conceder al instinto sexual el largo alcance y el sentido elevado que le confiere el amor personal.

¿Cuál de ambas interpretaciones te parece más profunda y enriquecedora para el hombre?

8. Poner en juego la sexualidad no exige ni esfuerzo ni preparación, porque no implica creatividad alguna. Vincular el ejercicio de la sexualidad y el amor personal, ¿exige una preparación específica? ¿Vale la pena llevarla a cabo?
9. El amor personal, ¿es un mero sentimiento, una efusividad sentimental? ¿O implica, además de un sentimiento peculiar, un acto de la voluntad, por el cual ésta se compromete con una persona.

DIÁLOGO 3º

Las consecuencias del amor visto como vértigo o como éxtasis

1. Introducción: tres cuestiones sobre la verdadera libertad en la vida amorosa

1.1. Primera cuestión

Los que defienden el ejercicio de una sexualidad separada del amor y la procreación suelen presentarse como adalides de la libertad. «Hay que ser libres -nos dicen-, liberarse de prejuicios y tabúes, actuar de forma liberal, progresista y moderna». Como en las democracias la palabra «libertad» tiene rango de término «talismán», que parece condensar en sí todas las virtudes y toda promesa de bienestar y desarrollo personal, esa proclama de libertad suele resultar muy impactante. No se dan razones para justificar el libre uso de algo tan comprometido como es la sexualidad. Sencillamente, se movilizan unos términos que poseen una fuerza temible de intimidación.

Para neutralizar esta fuerza y ganar libertad interior frente a quienes la utilizan de forma prepotente, conviene conocer bien el lenguaje y sus recursos a fin de perder el miedo a los términos «talismán». Si conozco el lenguaje, me sonrío sencillamente cuando alguien me arroja a la cara los términos «progreso» y «libertad». Me limito a preguntar a qué tipo de progreso y

libertad aluden. Porque hay diversos tipos, circunstancia que el manipulador suele ocultar para manejar los términos a su antojo. Decir que uno es progresista no pasa de ser una pura vaciedad, porque se puede *progresar* -es decir, *avanzar*- hacia el bien y el éxito, pero también hacia el mal y el fracaso. Hablar de libertad en general, sin matización alguna, es moverse en el vacío. Hay que indicar si se trata de la mera *libertad de maniobra* (de maniobrar a capricho) o de la *libertad para la creatividad*.

Si la libertad que se proclama se refiere al primer tipo, no se habla propiamente de libertad, sino de una *condición* de la libertad verdadera. Para ser libre, debo poder disponer de posibilidades y de la capacidad de elegir entre ellas. Empiezo a ser libre cuando soy capaz de *distanciarme* de mis apetencias y elegir lo que *debo* hacer para realizar mi ideal, el valor que elegí como meta de mi vida. Si mi ideal es lograr una forma de amor personal, que dé lugar a una vida de convivencia estable y valiosa, soy libre cuando opto en cada momento por lo que conduce a tal forma de amor y prescindo de cuanto me aleja de él. Esta renuncia supone un *sacrificio*, pero este sacrificio no supone una *represión*, un bloqueo de mi desarrollo personal. Muy al contrario, lo promociona y acelera.

Esa defensa -a primera vista bienintencionada y espontánea- de la libertad en la vida amorosa, no hace en muchos casos sino emboscar una intención soterrada e inconfesable: *la voluntad de convertir el consumo sexual en una fuente de pingües negocios*. Dos reconocidos profesionales de la psiquiatría, bien experimentados en la praxis clínica, como son R. Affemann y Viktor E. Frankl, lo han delatado con la mayor energía y claridad. «Los medios de comunicación suministran sexo (en su sentido más amplio) como bien de consumo». «Su interés fundamental no lo constituye la formación del hombre en orden a su ser más pleno en cuanto individuo sexuado, sino la adquisición de ganancias por medio de una oferta de entretenimiento de tipo sexual»¹⁹. «Contra la hipocresía en la vida sexual estamos todos, pero también debemos alzarnos contra la hipocresía que dice libertad y quiere decir dinero»²⁰.

Hoy nos consta que algunas de las campañas más sonadas a favor de la libertad sexual y el uso de preservativos respondía a un deseo de provocar la venta masiva de estos productos, en una primera fase, y de antibióticos, en la fase de contagios múltiples que se sigue, pese a todas las precauciones, del uso indiscriminado de la sexualidad.

1.2. Segunda cuestión

Actualmente, muchos jóvenes rehúyen el compromiso matrimonial por la convicción de que no existe una garantía de que el amor perdure. Es comprensible. Si se malentiende el amor como

¹⁹ Cf R. Affemann, *La sexualidad en la vida de los jóvenes*, (Sal Terrae, Santander 1979) 99.

²⁰ Cf V. E. Frankl, *Der Mensch vor der Frage nach dem Sinn*, (Piper, Munich 1985) 153.

mera pasión erótica, tal garantía no existe, ya que la pasión es de por sí efímera y voluble. La pasión es una forma de arrastre que uno padece. No es uno el que lleva las riendas de sus apetencias y tendencias instintivas. Son ellas las que toman la iniciativa y uno padece su tirón incontenible. ¿Cómo puedo garantizar ahora que tal «amor-pasión» va a continuar en el futuro si no soy dueño de tal impulso ni poseo los recursos espirituales que son necesarios para orientarlo y encauzarlo?

Piensa, por tu cuenta, si existe la posibilidad de un amor fiel, perdurable, firme.

1.3. Tercera cuestión

Hoy se habla a menudo de que hay que practicar el «sexo seguro», es decir, llevar una vida sexual con las debidas precauciones: uso de preservativos, ingestión de píldoras anticonceptivas, etc. En algunas campañas costosísimas se indicaba a las gentes que todas las consecuencias indeseables de unas relaciones sexuales frecuentes y promiscuas quedan tachadas con el mero uso de los preservativos.

Más de un científico ha mostrado su asombro de que incluso las autoridades sanitarias hayan practicado masivamente este género de desinformación abiertamente manipuladora. Las revistas médicas más autorizadas sostienen que al menos en un 10% de casos los preservativos no evitan ni el embarazo ni la transmisión del virus del sida. Ello explica que en los países donde se llevaron a cabo las campañas antedichas haya aumentado el número de embarazos de adolescentes y de personas contagiadas de sida. Si, como sucede a menudo, la calidad de los preservativos es deficiente y defectuoso el modo de usarlos, el tanto por ciento indicado se dispara hasta cifras alarmantes. Últimamente, se ha hablado en algún país de hasta un 60% de fallos.

Es lastimoso observar que en las campañas de prevención del sida y de los embarazos no deseados sólo se recurra al uso de fármacos y artilugios mecánicos y no se aluda siquiera a la necesidad de orientar debidamente la vida amorosa, dando un giro -si es preciso- al ideal que preside nuestra existencia y la impulsa. Esa forma de atacar el problema tiene por fuerza que fracasar porque se sitúa en un nivel infracreador, infrahumano.

Sigue el diálogo próximo con atención y verás cómo al final se te ilumina en la mente la vía de solución certera a los problemas de diverso orden que plantea hoy la vida sexual.

2. Coloquio

Belén. Actualmente, la sociedad está muy preocupada por una serie de hechos que afectan sobre todo a los jóvenes. Cada día hay más separaciones matrimoniales, de forma que cunde el temor entre los jóvenes de que no hay garantía alguna de que el amor perdure. Una escritora

norteamericana afirma en un libro reciente que numerosos jóvenes de su país piensan que casarse es excesivamente arriesgado y rehúyen el matrimonio.

Alberto. Pero con ello no se libran de tener grandes problemas. De día en día aumentan los embarazos no deseados y las infecciones de todo orden, entre las que destaca el temido sida. Estos problemas deben ser superados, porque están llevando la desgracia a multitud de personas y familias.

Pablo. En España, ciertos gobiernos -el gobierno de la nación y algunos autonómicos- realizaron campañas de información para que tomemos medidas.

Alberto. Ciertamente. Pero esas campañas han fracasado, lo mismo que pasó en otros países. Se invirtió mucho dinero, se prometió de forma solemne y tajante que el uso de preservativos permite «*tachar*», es decir: eliminar absolutamente todo riesgo de infecciones y, ¿cuál fue el resultado? Mayor número de embarazos de adolescentes, incremento de las infecciones venéreas, propagación del sida.

Mónica. Pero, ¿cómo se explica, entonces, que ciertas autoridades hayan realizado esas campañas tan costosas y llamativas? ¿Qué les movió a ello?

Belén. En este coloquio no vamos a hacer críticas y juicios de intenciones. Nos limitaremos a analizar los hechos y descubrir cuál es el verdadero camino para conseguir la felicidad auténtica y no buscarla por vías falsas. Los jóvenes merecen que se les hable claro y se les muestren las diversas formas de vivir el amor y las consecuencias que se derivan de cada una. Y que ellos, después, elijan libremente. Porque uno no es libre para elegir cuando no conoce bien las diversas posibilidades que se le presentan. Vamos a ver qué es lo que se nos está ofreciendo hoy como vida amorosa, y si no hay otra que presente una calidad mayor.

Mónica. Tengo aquí el folleto al que aludimos en las conversaciones anteriores. Fue publicado y difundido gratuitamente por un gobierno autonómico para orientar a los niños y jóvenes de su territorio. Aquí se nos dice que todos tenemos derecho a disfrutar de nuestro cuerpo, de nuestra sexualidad y nuestra vida²¹.

Pablo. Este mensaje es muy semejante al que se nos transmitió durante todo un año en un programa televisivo que tenía por título «Hablemos de sexo». En una de las emisiones una joven

²¹ Cf Consejería de Sanidad y Consumo de la Generalitat Valenciana, *Anticoncepción y sexualidad para jóvenes*, (Valencia 1987) 23.

le preguntó a la presentadora qué juicio le merecían ciertas prácticas sexuales consideradas como *anormales*. Ella contestó sin vacilar: «Usted elija *libremente*, subrayo *libremente*, y disfrute de su sexualidad. La homosexualidad no es ni una enfermedad ni una alteración cromosómica. Es sencillamente una opción más».

Belén. ¿A ti qué te parece esa idea de libertad? ¿Crees que es equilibrada?

Pablo. La verdad es que, en principio, a los adolescentes y a los recién entrados en la juventud nos seduce ese concepto de *libertad sin trabas*, libertad entendida como la capacidad de elegir lo que más nos apetezca. Pero sin duda es una idea de libertad un tanto peligrosa porque, según vemos con frecuencia, se convierte fácilmente en *libertinaje*, porque se pasa uno de la raya...

Belén. Y esto es lo que ha sucedido a menudo. Vamos a ser sinceros y reconocer los hechos. Las mismas personas y grupos que tuvieron tanto empeño en invitar a los jóvenes a practicar todo tipo de relaciones sin el menor freno son los que ahora lamentan que haya aumentado el número de embarazos no deseados y contagios de enfermedades graves. Pero no se paran a pensar que tal vez su mensaje haya sido equivocado. Sencillamente, montan otra campaña para solucionar los problemas causados por la primera. Y la solución consiste para ellos en usar preservativos. ¿Pensáis que es una medida eficaz y prudente?

Ana. Si el material es de buena calidad y se sabe usar debidamente, dicen que preserva del contagio y, por supuesto, del embarazo.

Belén. Pues, lamentablemente, no siempre ocurre así. Hoy está reconocido por los mejores especialistas que en un 10% de los casos el uso de preservativos no evita ni los embarazos ni el contagio de sida. Hay quienes afirman incluso que los fallos se dan en un 30%.

Pablo. He oído últimamente en la radio que en algunos lugares los fallos de los preservativos han llegado al 60%. Y eso es alarmante, porque el sida es muerte. No hay que olvidarlo.

Ana. Sí, pero, aunque haya a veces fallos, el uso de preservativos permite evitar problemas en muchos otros casos. Y eso es lo que salimos ganando.

Belén. En principio, parece así. Pero la cosa no es tan simple. Al decir que los anticonceptivos son siempre eficaces (eso se afirmaba en la campaña a que ha aludido Mónica), los jóvenes cobramos confianza, pensamos que no hay el menor peligro y corremos riesgo de multiplicar las

relaciones sexuales de cualquier tipo. Como en ciertos casos fallan los preservativos, al final nos encontramos con que aumentan los embarazos y los contagios.

Ana. Es decir, que la información que se nos dio no era exacta.

Alberto. Desgraciadamente no. Pero, aunque hubiera sido correcta, hubiera resultado *insuficiente*. Tener información acerca de cuanto implican las relaciones amorosas es necesario. Pero tal información debe ser *correcta y completa*. Debe decir la verdad no sólo en lo que atañe a la procreación, sino a todo lo que implica la *formación para el amor*. Como ya vimos en el coloquio anterior, la sexualidad humana está llamada a ser expresión fiel del amor personal. Tomada a solas, como fuente de halago sensible, la sexualidad tiene un *significado* para nosotros, pero carece de *sentido*. Su sentido pleno lo adquiere cuando expresa la amistad profunda que existe entre dos personas y su compromiso de crear una forma de unidad estable y fecunda.

Mónica. ¡Sí, sí! Pero de esta forma complicáis mucho todo. Desde la adolescencia empezamos a sentir la necesidad de establecer ya relaciones amorosas, manifestar sensiblemente el afecto a otras personas, iniciarnos en lo que es la vida del amor. Y la «formación para el amor» exige tiempo, madurez, capacidad de compromiso, mil cosas... Ahí parece que hay un desequilibrio, una falta de ajuste. ¿Hace falta esperar a ser maduros para manifestar los propios afectos?

Belén. ¡No! Lo que sucede es que las manifestaciones *externas* de afecto deben responder a la *vinculación personal* que se tenga con cada persona. Si apenas conoces a una persona, no tiene sentido que le des un abrazo. A veces se tienen relaciones íntimas (sin tener todavía intimidad *personal*) sencillamente porque a uno le *apetece*. Y se piensa que saciar tal apetito es ya la cumbre del amor. Pero esto es falso.

Pablo. Para comprenderlo claramente, ¿por qué no vemos todo esto sobre la base de un ejemplo concreto, tomado de la vida diaria?

Belén. Muy bien. Figurémonos que estamos hablando con dos novios: Juan y María. Para abreviar, nos dirigimos a uno de ellos; a Juan, por ejemplo. Si le pregunto qué siente respecto a María, sin duda me dirá que María le encanta, que le apetece mucho estar con ella, conversar, manifestarle su afecto. A esa apetencia le llama «amor». Pero ¿de verdad «ama» a María? Si lo que, en realidad, ama son las cualidades de María que le resultan agradables, se ama a sí mismo, quiere el halago y el hechizo que le producen esas cualidades placenteras.

Pablo. Sí, pero la apetencia es necesaria para que surja el amor. A una persona cuya presencia física no te agrada ni te atrae no es posible llegar a amarla con un amor conyugal.

Alberto. ¡Sin duda! El proceso amoroso empieza por una atracción y una apetencia. Este es el punto de partida. Pero no es todavía el *amor*, propiamente dicho. Si en el amor no vemos más que una apetencia y la saciedad de la misma, empobrecemos muchísimo la vida amorosa. No lograremos ver la grandeza que puede encerrar.

Belén. Fíjate en esto. Si Juan piensa que ama a María solamente porque su belleza le atrae y le resulta agradable hablar con ella y disfrutar de su intimidad, ¿cuál será su reacción si María, debido por ejemplo a una enfermedad, pierde el encanto físico? Es muy posible que se desencante. Y que diga, muy convencido, que «el amor se ha terminado». Pero se equivoca. El nunca había *amado* a María; *apetecía* su trato, que es bien distinto. Tomaba a María como un *medio para sus fines*, para su disfrute egoísta. Mira: mientras una persona considera a otra como «medio para algo», por importante que sea este algo, todavía no la ama *en cuanto persona*.

Pablo. En realidad, podríamos decir que Juan de momento no *ama* a María, la *manipula*.

Belén. ¡Ciertamente! Porque la manipulación consiste en reducir una persona a objeto. Por muy bello que se considere a este objeto y por mucho que se lo estime, la persona reducida a objeto queda *envilecida*. Si Juan se da cuenta de que está empobreciendo y rebajando el ser de María, a la que sin duda quiere, se asombrará de su ruindad y me preguntará qué debe hacer para convertir la *atracción* que siente por María en auténtico *amor personal*, digno y noble.

Yo le diría: tú estás iniciando una vida de amor; te sientes emocionado ante el horizonte que entrevés. Te encandila la presencia de María y todo cuanto implica un trato de ternura. Esto es bello y bueno, porque significa el comienzo de un proceso que está llamado a ser muy fecundo. Pero no te quedes en el primer valor que descubres: el valor de lo agradable. Si te obsesionas con lo agradable, intentarás *poseer* a María como un objeto para disfrutar de su presencia física. Y el afán de poseer una persona nos impide *encontrarnos* con ella.

Ana. Pero todo trato afectivo es ya un *encuentro*, ¿no?

Belén. En sentido vulgar sí; pero, si entendemos rigurosamente el término *encuentro*, veremos que encontrarse no es tan fácil. Encontrarse es entrelazar dos vidas, de forma que se enriquezcan mutuamente, se comprendan, se ayuden, formen una unidad profunda, de gran calidad y, por tanto duradera.

Mónica. Pero, ¿cómo puedo yo saber que mi unidad con un chico al que ahora quiero va a ser estable y perdurar? Yo no tengo visión anticipada del futuro. Y esto es lo que nos retrae tanto a los jóvenes del compromiso matrimonial.

Alberto. Lo que sucede es que en este momento del proceso amoroso de Juan y María es todavía prematuro hablar de *compromiso conyugal*. Mientras no existe verdadero amor *personal*, no hay energía interior para realizar una promesa de fidelidad. Antes hay que conseguir cierta madurez en la relación personal.

Mónica. Y esa madurez supongo que se adquiere al ir aprendiendo a encontrarse, a fundar una forma de unidad muy sólida. ¿Cómo se realiza ese aprendizaje?

Belén. Es muy sencillo y muy difícil a la vez. Es sencillo porque basta cumplir las *exigencias del encuentro*, que son la generosidad, la apertura del uno al otro, la voluntad de colaboración, la sencillez, la simpatía... Y es difícil porque estas exigencias no son nada fáciles de cumplir.

Pablo. En realidad estas exigencias vienen a ser lo que llamamos «virtudes»...

Belén. ¡Justo! Las virtudes son *fuerzas*, capacidades que va adquiriendo el hombre para fundar modos altos de unidad. Hay modos distintos de unidad. Me agarro a la mesa fuertemente. Parece que estoy muy unido a ella. Pero levanto la mano y, ¿qué queda? Nada. No hemos creado nada en común la mesa y yo. Hago lo mismo con un piano. Toco por fuera el mueble. Esa forma de unidad es muy pobre, por intensa que sea. Pero figúrate que sé tocar el piano, abro la consola y presiono las teclas con los dedos. La relación de tacto es semejante a la que tuve antes. Pero ahora esta forma de unidad mía con el piano es muy fecunda: da lugar a toda una obra musical. Y fíjate en esto, que es muy importante. Al tocar la pieza adquiero una unión muy íntima con el piano, con la partitura, con la obra, con el autor de la misma, con el estilo del autor y con su época, aunque sea muy lejana. Esa intimidad puede ser mayor que la que tengo con personas que están a mi lado. Es maravilloso descubrir los modos distintos de unidad que podemos crear con cuanto nos rodea.

Ana. Todo eso es muy bonito y se comprende bien. Pero quisiera que me lo aplicaras al tema del amor. ¿Qué tipo de unidad funda el erotismo? ¿Es inferior a la que crea el amor personal?

Belén. El erotismo es una forma de unión mucho más pobre que la que crea el amor personal. El erotismo es una unión interesada; es, más bien, un *intercambio de intereses* que una *vinculación personal*. El que ama con amor erótico jura amor eterno al ser amado, pero esa proclama

significa algo tan vulgar como esto: «Te quiero junto a mí en cuanto sacias mis apetencias». ¿Qué valor tiene ese tipo de unidad? Está claro que se trata de una forma de unidad muy pobre.

Pablo. Pero no me negarás que el erotismo establece lazos muy conmovedores, que te sacuden por la solapa.

Belén. ¡Claro que sí! Pero esa conmoción es un efecto psicológico que puede ser algo fugaz, como una llamarada de hojarasca que deslumbra e inmediatamente se queda reducida a cenizas. No deja rastro.

Alberto. En realidad, si somos sinceros, debemos reconocer que, cuando nos dejamos llevar de la apetencia erótica, no nos preocupa gran cosa crear una verdadera unidad con la persona que apetecemos. Nuestra meta es satisfacer nuestro apetito, *pasarlo bien*, como ahora se dice.

Ana. Todos queremos ser felices, y Juan también quiere serlo en su noviazgo. No creo que eso sea malo.

Alberto. Cómo va a serlo. Lo malo es querer ser felices en plan egoísta. Porque el egoísmo no nos lleva a la felicidad. Mira. Yo a Juan le diría que nuestra vida de amor depende de la *actitud básica* que tengamos ante la persona que decimos amar. Puede ser una actitud de *egoísmo* o bien de *generosidad*. Podemos tomar la relación amorosa como una fuente de gratificaciones para nosotros o como la forma de conseguir un modo de unidad muy valioso; unidad que también nos deparará una gama de sensaciones que nos agradarán sobremanera, pero que no tomaremos como la meta de nuestra relación.

Belén. Esto es tan importante que conviene verlo bien a través de un ejemplo. Figurémonos que Juan hizo un plan apetecible para la tarde del domingo. Se propone ir con María al cine, tomar unas copas y luego retirarse a un lugar privado en el que le sea posible tener cierta intimidad corpórea. Pero he aquí que, el domingo por la mañana, María le llama para decirle que su tía acaba de ser ingresada en el hospital y ella se cree obligada a acompañar a su madre durante la tarde. Si Juan ha orientado su vida hacia el ideal del egoísmo y adopta una actitud hedonista, sin duda reaccionará de modo hosco y le indicará a María tajantemente que no intente estropearle de esa forma la tarde del domingo. Para no disgustarle, tal vez María ceda a sus exigencias. Por la noche habría que decirle a Juan lo siguiente: «Querido amigo: has hecho lo que te gustaba. Pero, dime una cosa: ¿crees que con ello has incrementado tu unidad con María? Sabes bien que no. Ella habrá pensado que vas a lo tuyo, que tu relación con ella tiene como meta saciar tu

avidez, acumular sensaciones gratas. Y tal acumulación es un asunto privado tuyo, no le afecta a ella, porque ella no puede participar en tus sensaciones».

Pablo. Pero Juan, si es generoso, puede reaccionar de otra forma y colaborar con María en el nuevo plan que ésta le propone...

Alberto. Naturalmente. Supongamos que lo hace y acompaña a María al hospital, muestra buen humor y se muestra «simpático» con ella, es decir, vibra con sus sentimientos e intereses, y no le reprocha el sacrificio que está haciendo. Por la noche, su voz interior le hará saber que su unión con María es ahora inmensamente más valiosa y firme que antes, porque ha hecho el bien a una con ella, creó un campo de juego común en el cual se desborda felizmente la escisión entre lo mío y lo tuyo, mis intereses y los tuyos. Al hacer el bien de esa forma generosa, no se posee nada, no se tiene nada, pero se crea un vínculo muy fuerte.

Ana. Bien. Tenemos dos opciones posibles por parte del que ama respecto al ser amado. Son dos *opciones* que puede tomar libremente. Debemos, por tanto, dejar a cada persona que decida a su gusto. No coartemos su libertad de acción.

Belén. Pero no se trata de *coartar*. Se trata de aclarar qué actitudes nos permiten crecer como personas, desarrollarnos, y qué otras bloquean nuestro desarrollo. Estas actitudes tenemos obligación de no adoptarlas porque *es deber ineludible de todo ser humano crecer, madurar, desplegar todas sus posibilidades*. El que decida no crecer va contra su propia naturaleza, se desequilibra y desorbita.

Ana. Pero, ¿cómo puedo descubrir claramente que una actitud mía me está sacando de órbita y enfrentándome con mi propia naturaleza?

Belén. Una vez más, son los frutos los que nos permiten conocer la calidad del árbol que los produce. Estudia las consecuencias que provoca la actitud de egoísmo y las que suscita la actitud de generosidad y verás si podemos adoptar la actitud que se nos antoje sin exponernos a graves riesgos.

Alberto. Veamos, entonces, en primer lugar qué consecuencias se siguen de la actitud de generosidad. Por lo dicho antes, se comprende que, si Juan es generoso, tiende a tratar a María como una persona, no sólo como un conjunto de cualidades agradables. Comenzó fijándose en ellas debido a su atractivo, pero poco a poco va cobrando afecto a María e interesándose por ella como persona, más allá de sus cualidades. De modo que, aunque las cualidades que en principio

prendieron su atención se amengüen o lleguen incluso a desaparecer, no sólo no dejará de amarla sino que su afecto se depurará y ahondará. Ya no ama en primer término el halago que le producen esas cualidades. Ama a la persona que las tiene.

Mónica. Pero este amor a la persona, ¿no implica al mismo tiempo el amor a sus cualidades?

Belén. ¡Por supuesto! Es un amor que afecta al conjunto de la persona. Cuando uno ama a una persona, no ama sólo sus bellos ojos, su figura perfecta, su voz agradable...; ama todo aquello que vibra cuando se pronuncia su nombre propio: *María*. Al actuar así, se indica que el amor ha cobrado *madurez*. Lo que antes era mera apetencia, ahora es amor personal. Y, como la persona perdura a través de los cambios que va experimentando en todos los niveles, el amor a la persona pide de por sí estabilidad, perdurabilidad, solidez. Si te quiero eróticamente, puedo limitar mi relación contigo a un determinado período de tiempo y decir: «Tendremos relaciones íntimas durante el verano». En cambio, no cabe decirle a una persona: «Te amo durante estas vacaciones». Resulta absurdo, porque no tiene sentido, y *ridículo*, porque se plantea la cuestión del amor en un plano muy inferior al que le corresponde.

Mónica. Si uno ama a una persona, comprendo que no deje de amarla porque pierda algo de su belleza, su lozanía juvenil, su agilidad física... Pero, ¿qué sucede cuando la persona amada cambia de conducta? Hay casos en que una persona, después de casarse, se manifiesta dura, impositiva, incluso áspera o brutal. La voluntad de permanencia que tiene el amor personal, ¿puede resistir esta prueba? ¿Está uno obligado a aguantar indefinidamente?

Alberto. No necesariamente. El amor auténtico es generoso, pero pide *reciprocidad*. El amor personal implica encuentro, entreveramiento de dos ámbitos de vida, dotados de iniciativa, de capacidad de recibir y de dar. Si una de las personas se niega al encuentro porque no cumple las exigencias del mismo que subrayamos anteriormente (generosidad, apertura, colaboración, sencillez, etc.), el encuentro se hace imposible, y habrá que evitar el tormento de estar físicamente cerca de quien se obstina en mantenerse espiritualmente lejos.

Ana. Está bien todo esto. Pero, ¿dónde se halla el límite del aguante? En la cercanía de la vida conyugal se ven los defectos con mayor nitidez que en el período del noviazgo. Y uno fácilmente se defrauda y piensa que se ha equivocado...

Belén. Ciertamente. Pero ahí deben entrar en juego dos «virtudes» o capacidades del hombre: la *tenacidad* y la *fidelidad*. Tenacidad implica dar tiempo, no precipitarse, persistir en la voluntad de crear unidad aunque el cónyuge se muestre poco dispuesto a ello. Ser fiel significa crear en

cada momento de la vida diaria la unidad matrimonial que uno prometió crear en el momento de la boda.

Mónica. Bien. Pero la experiencia nos dice que no es nada fácil ser tenaz y fiel en determinadas circunstancias, que hacen la vida imposible.

Alberto. Exacto. Por eso, en ciertos casos, hay que acudir a la cirugía de la separación. Pero conviene recordar que, antes de recurrir a métodos quirúrgicos, se debe intentar solucionar las situaciones de forma positiva, viendo los posibles fallos que pueda uno tener e intentando una y otra vez cumplir las condiciones del encuentro.

Belén. Este cumplimiento resulta más fácil cuando se tiene una idea muy elevada de lo que es el encuentro personal. Encontrarse es una meta en la vida. Como vimos, hoy la ciencia biológica nos enseña que el ser humano es «un ser de encuentro», vive como persona, se desarrolla y perfecciona fundando toda clase de encuentros. Fundar un verdadero encuentro es haber llegado a una cumbre. La unión no sólo es un medio para ganar fuerza. Es mucho más: es una meta en la vida. Hay que dar muchas cosas a cambio para lograrla y conservarla.

Alberto. Esa grandeza del encuentro se da en las dos formas de matrimonio: el civil y el religioso. El compromiso de crear unidad encierra un inmenso valor en toda circunstancia: en el juzgado y en la iglesia. Pero el compromiso religioso añade al judicial aspectos de gran relevancia. En el juzgado se habla de compromiso ante la ley, pero no se alude a la *calidad* del amor y la unidad entre los esposos. En cambio, las personas que se unen en matrimonio ante la comunidad de los creyentes y ante el ministro representante de Dios prometen crear entre sí una forma de unidad cada día más valiosa, de modo que se vaya asemejando más y más a la unidad que tenía Jesús con su Padre y con los hombres, unidad de tan altos quilates que en virtud de ella no dudó en dar la vida por amigos y enemigos. En el momento de realizar esa promesa solemne, los novios se convierten en *portavoces del universo*. En efecto, Dios creó el mundo por amor, y dotó al hombre de capacidad creadora a fin de que pudiera establecer lúcida y libremente modos elevados de unidad y comprendiera que, al hacerlo, se asemeja al Dios que es amor, colabora a terminar la obra de la creación y retorna así a su origen, que es el Creador.

Al unirse de forma valiosa, los seres humanos cerramos el círculo de amor que dio origen al universo. Las realidades infrahumanas permanecen unidas entre sí, en cuanto son fieles a su modo de ser. Por eso, las flores, al expandir olor y mostrar sus bellas formas, dan gloria al Creador, y lo mismo el astro al recorrer su órbita y el fuego al arder y dar luz, pero no lo saben. Quien lo sabe es el hombre. Por eso éste, en el momento de la boda, quiere rodearse de

flores y cirios y metales para *darles voz* y hacer que se unan a un acto que los lleva a todos a su máxima dignidad.

Pablo. Esta idea de amor conyugal pone muy alto el listón. Es algo muy bello. Es como una meta a conseguir. Pero me temo que pueda parecer a muchas personas una *utopía irrealizable*, un bello cuento de hadas.

Belén. Es muy posible, sobre todo en momentos en que parece rehuirse todo sacrificio y se carece de paciencia y de capacidad de aguante. La fidelidad es más que mero aguante. Pero en la vida también hay que saber tolerar inconvenientes y dificultades y saber esperar pacientemente a que las personas vayan madurando. No querer sacar provecho inmediato para uno en todo momento, establecer un orden entre los diferentes valores, conceder al amor todo su alcance sin reducirlo a mera saciedad de los instintos... Todo esto exige esfuerzo, renuncia, prescindir de los propios intereses para mirar por los intereses de los demás y de la forma de unidad que se ha establecido con ellos. Pero esa *renuncia* no es una *represión*. Es una *jerarquización de valores* que nos permite crear formas de unidad muy valiosas, de las que se derivan sentimientos de alegría, felicidad, paz, amparo, júbilo festivo. Es algo difícil, pero vale la pena.

Mónica. En la actualidad, lo que el ambiente nos inculca a los jóvenes es buscar la felicidad por la vía rápida, merced a ganancias inmediatas. Esto halaga al principio, parece que uno va a conseguir una plenitud súbita y conmovedora. Pero hemos visto que sucede lo contrario. ¿Cuáles son las consecuencias de tal error?

Alberto. Son varias, y todas graves. Entre Belén y yo las vamos a indicar muy brevemente. Si lo que quiero son *ganancias inmediatas*, al encontrar una realidad que me promete gratificaciones para mí tenderé a *dominarla* para *disfrutarla*. Con ello la rebajo a medio para mis fines. La manipulo. Recuerda lo que pasó con la joven actriz Maria Schneider.

Mónica. ¿La protagonista femenina de *El último tango en París*?

Alberto. Sí. Alcanzó una fama rápida con esa película, pero ahora, al cabo de un tiempo, se halla totalmente defraudada. Recientemente escribió: «He sido explotada. No era famosa, era sólo una mujer, que además tenía diecinueve años. Por aquello recibí en total cinco millones de liras (unas quinientas mil pesetas). Mientras Marlon Brando y Bernardo Bertolucci continúan ganando dinero con aquella película, yo paso verdaderas dificultades para poder vivir. Me

pusieron la etiqueta de "la chica del tango". He sido aniquilada por esa película. Para mí fue una violencia moral. La desnudez es algo que no debería ser explotado de esa manera por el cine».

Ya vemos cómo la primera consecuencia de la actitud egoísta es la manipulación, el rebajamiento de los otros seres.

Belén. El hombre egoísta quiere ganancias inmediatas, y lo más inmediato son las sensaciones. Acumular sensaciones agradables es una forma *rápida* de servirse a sí mismo.

El afán de procurarse de forma inmediata sensaciones gratificantes lleva a precipitar las experiencias sexuales antes del matrimonio. Para evitar posibles consecuencias negativas de estas prácticas sexuales, se recurre expeditivamente a medios anticonceptivos, dejando de lado el hecho comprobado de que el uso de la píldora anticonceptiva causa a menudo daños irreparables a la salud de la mujer. En caso de que falle la medida tomada y se produzca un embarazo no deseado, se pone en juego el recurso traumático del aborto.

Alberto. Pero las sensaciones, por fuertes que sean, se embotan con la repetición. Lo que hoy te encandila mañana te deja frío. Por eso hay que renovar las sensaciones. Los cambios realizados por egoísmo provocan toda suerte de *infidelidades* y, consiguientemente, *traumas familiares*, como es la falta de atención a la familia, o incluso, el *divorcio*.

El hombre egoísta se deja llevar de sus apetencias. Pero recordemos que los instintos humanos no están autorregulados. Por eso son *insaciables*, piden siempre una dosis mayor de estimulaciones. El que tome como una meta en la vida acumular incesantemente sensaciones placenteras, tenderá a multiplicar las relaciones sexuales de forma promiscua. Ello propicia el contagio de enfermedades venéreas graves e incluso del fatal sida.

Para adquirir tranquilidad sin alterar las costumbres, se echa mano de los preservativos, pero éstos no le libran a uno a veces de sorpresas dramáticas.

Belén. Todo lo antedicho deja patente una circunstancia en extremo penosa: *el que sólo busca su complacencia se encierra en un pozo de soledad, porque el placer es incomunicable, aunque sea compartible*. Esa asfixiante soledad interior intentan superarla no pocos mediante el juego de azar, la embriaguez, el viaje alienante de la droga y todo tipo de evasiones que lo sacan a uno de sí.

Mónica. La verdad es que nos lo ponéis difícil... Lo que vosotros defendéis como lo adecuado exige mucho, y lo que nos gusta hacer resulta demasiado peligroso...

Belén. Hasta cierto punto es verdad lo que dices. Pero mira: debemos ser realistas y saber muy bien lo que dan de sí el erotismo y el amor personal y el papel que representan en el desarrollo de nuestro ser. Y que cada uno escoja luego con plena lucidez y libertad lo que estime más conveniente para su futuro. No es lícito suscitar en los jóvenes la avidez sexual y darles falsas seguridades en cuanto al ejercicio de la sexualidad. Hay que explicarles cuál es el sentido de las relaciones íntimas, cuándo adquieren todo su valor, a qué están llamadas en la vida del hombre y qué riesgos pueden provocar si se las escinde del conjunto a que pertenecen. Esto es verdadera información y auténtica formación.

Alberto. El que está informado y formado advierte fácilmente que el amor humano personal supera años luz en calidad al mero erotismo, aunque éste resulte a menudo más atractivo y seductor y aquél se muestre muy exigente ya que pide sacrificios, paciencia, generosidad. Pero a no tardar nos da el ciento por uno. Nos permite realizarnos como «seres de encuentro» que somos. Por ello vale la pena, aunque sea difícil.

3. Comentario a las cuestiones de la introducción

3.1. Primera cuestión

Lo decisivo es conquistar una verdadera libertad, la libertad para consagrarse de lleno a la vida creativa. Uno es libre plenamente cuando está tan entusiasmado con el ideal de la unidad que no elige nada que lo desvíe de él.

El joven que tiene libertad interior entiende el período de noviazgo como una preparación para el gran acto de creación de unidad que es el compromiso matrimonial. Pero en la boda no se hace el hogar de una vez por todas; se promete irlo creando día a día, a lo largo de la vida futura. Por eso la vida de matrimonio es una escuela de buen amar, en la cual aprende uno a realizar el ideal con perfección creciente.

Para lograr este tipo de libertad se requiere cultivar la generosidad con esmero, como se cuida una planta delicada, que tiene sus exigencias. De la generosidad se derivan las diferentes *virtudes*, que son las condiciones de la creatividad, y, por tanto, del encuentro.

3.2. Segunda cuestión

El amor puede ser perdurable si es *auténtico*. Como el buen paño perdura debido a su calidad, el amor bien entendido y practicado resiste los vaivenes del sentimiento y los avatares de la vida. Cuando el amor da lugar a una relación de verdadero *encuentro*, engendra desde sí mismo nuevos motivos para amarse, de forma que, aunque palidezcan o desaparezcan los motivos que

impulsaron en principio la relación amorosa, el amor no decae ni desaparece, cobra calidades nuevas, se trasmuta en buena medida, pero perdura. Es distinta la manera de amarse en las diferentes etapas de la vida. Lo importante es que en todas ellas se funden modos elevados de unidad.

En el amor matrimonial parece haber un componente de *pasión*. De hecho, implica una atracción que parece *arrastrar*, debido a la fuerza del instinto. Esa energía ha de ser integrada en el movimiento hacia la unidad personal que debe inspirar a los esposos. Esa integración convierte tal energía en expresión viva del amor, de la voluntad indeclinable de crear formas de unión muy valiosas. Entonces, la fuerza del instinto no degenera en *pasión*, en algo que el hombre *padece* porque le está sometido. De alguna forma queda ella sojuzgada o domeñada, al ser asumida en una tarea que el esposo y la esposa desean realizar lúcidamente.

Antes del compromiso matrimonial no se puede tener una garantía absoluta de que la unión va a tener éxito. Hay siempre un coeficiente de riesgo, como en toda promesa humana. Lo que tienen los esposos en su mano es la facultad de cultivar el auténtico amor, cumpliendo sus exigencias, que son las virtudes. *Tal cumplimiento es la verdadera garantía de la perseverancia en el amor.*

Perseverar implica ser fiel, mantener la promesa de crear en cada instante de la vida lo que se prometió en un momento decisivo. La fidelidad, vista a esta luz, está lejos de reducirse a mero *aguante*. Es una actitud *creadora*.

3.3. Tercera cuestión

Hemos visto que, de momento, los medios movilizados para realizar sin riesgos los actos sexuales no son del todo eficaces. Pero, aunque lo fueran, el uso indiscriminado de la sexualidad debe ser evitado *porque nos aleja del logro del verdadero amor*, que ha de constituir nuestra meta en la vida, pues somos «seres de encuentro». Autonomizar la vida sexual, como si el goce fuera la meta de la existencia, significa privarla de su verdadero sentido, de su alcance pleno. Por eso la sexualidad vivida a solas acaba decepcionando, a poca sensibilidad que se tenga para las cuestiones más profundas de la vida. Cuando uno alcanza a descubrir la verdadera grandeza del amor humano personal, no puede sino sentir pena ante el empobrecimiento que supone el *mero erotismo*, que desgaja la sexualidad del conjunto al que pertenece para tomarla como un medio para el logro de satisfacciones pasajeras.

También existe otro tipo de temor, que sirve en algunos casos de freno para no aventurarse a vivir relaciones sexuales prematuras. Me refiero a la pérdida de la integridad física o virginidad. Es poco consistente este valladar. Está bien que una joven desee que «se la respete», es decir, que no se la fuerce a tener relaciones íntimas antes de que ella realice la

entrega personal. Pero este deseo puede perder buena parte de su fuerza en un contexto social que acepte plenamente las relaciones sexuales prematrimoniales.

Una y otra vez llegamos a la conclusión de que conviene ahondar en las *razones últimas* que nos llevan a ordenar debidamente la vida sexual y darle todo su alcance y sentido.

4. Cuestionario

1. Hablando en general, ¿están preparados los jóvenes para iniciar una vida amorosa y darle pleno sentido? ¿Saben cuál es la función del noviazgo? ¿O se mueven por impulsos espontáneos, de forma más bien irreflexiva?
2. ¿Qué impresión te producen los gobernantes y los medios de comunicación cuando abordan los temas relativos al amor y la educación sexual? ¿Es una impresión de seriedad o, más bien, de frivolidad?
3. Por lo que toca al tema de las relaciones amorosas, ¿se nos educa hoy para ser libres interiormente o para vivir obsesionados por la saciedad de los instintos?
4. Las campañas a favor del uso libre de la sexualidad y la utilización de preservativos, ¿responden al afán de ayudar a las gentes -sobre todo los jóvenes- a ser felices y evitar problemas? ¿O se trata, por el contrario, de un plan egoísta para convertirnos en clientes de un magno negocio a costa de nuestra felicidad? ¿Has reparado en que los defensores de la sexualidad libre rehúyen hablar de los métodos naturales de planificación familiar? Fíjate en lo bien que se entiende esto si se contesta afirmativamente a la segunda de las preguntas anteriores.
5. El amor auténtico, ¿está condicionado al tiempo? ¿Tiene sentido decir, por ejemplo: «Te amaré durante dos años»? El hecho de entender el amor como algo incondicional lo eleva a un plano muy alto, al que no le afectan decisivamente las fluctuaciones del sentimiento. Reflexiona a fondo sobre esta idea y tendrás luz para toda la vida.

CONCLUSIÓN

SEGURO que en este momento piensas que no es tan fácil la vida de amor como tal vez habías pensado y como se propala a diario desde las tribunas de los medios de comunicación de masas.

Una falsedad repetida mil veces no se convierte en verdad, pero aparece como algo *normalmente aceptado*. Y lo *normal* es entendido pronto como *normativo*.

A fuerza de mostrar la vida sexual como mero pasatiempo placentero, acaba quedando en la sombra su esencial complejidad y riqueza. Esto supone una enorme pérdida para nuestra vida como personas. Parece que ganamos en felicidad, pero nos volvemos banales, inauténticos. Ante tal riesgo, nada más útil que oír la voz de los grandes pensadores de nuestra época, que nos invitan a dar el salto de la inautenticidad a la autenticidad. En el caso que nos ocupa, este salto significa pasar del *mero erotismo facilón* al *amor personal exigente*.

Después de las reflexiones que hemos hecho hasta aquí, sin duda nos inclinamos a pensar que vale bien la pena aceptar esas exigencias y darle a la vida de amor toda la energía, la fecundidad y la belleza a que está llamada. Grabemos en la memoria esta frase del gran filósofo francés Maurice Blondel: «El amor es lo que de verdad hace que seamos», es decir: que realicemos plenamente nuestra vida de personas.

ÍNDICE

Presentación

PRIMERA PARTE

EL AMOR VERDADERO Y EL DESARROLLO PLENO DEL HOMBRE

1. El verdadero ideal del hombre es el encuentro.
2. Qué es, en rigor, el encuentro.
3. Exigencias del encuentro.
4. Diversos modos de encuentro.
5. Se confirma que el verdadero ideal del hombre es la unidad.
6. La libertad verdadera surge al tender al ideal de la unidad.
7. Intento fallido de superar el vacío existencial.
8. La diferencia entre erotismo y amor personal.
9. Claves de interpretación y pautas de conducta

SEGUNDA PARTE

TRES DIÁLOGOS SOBRE LA FELICIDAD VERDADERA

Diálogo Primero. Lo agradable es un valor que remite a valores más altos.

1. Introducción: tres cuestiones sobre la felicidad auténtica.
2. Coloquio.
3. Comentario a las cuestiones de la introducción.
4. Cuestionario.

Diálogo Segundo: El proceso de creatividad o encuentro y el proceso de vértigo o fascinación.

1. Introducción: cuatro cuestiones sobre el amor verdadero.
2. Coloquio.
3. Comentario a las cuestiones de la introducción.
4. Cuestionario.

Diálogo Tercero: Las consecuencias del amor visto como vértigo o como éxtasis.

1. Introducción: tres cuestiones sobre la verdadera libertad en la vida amorosa.
2. Coloquio.
3. Comentario a las cuestiones de la introducción.
4. Cuestionario.

Conclusión